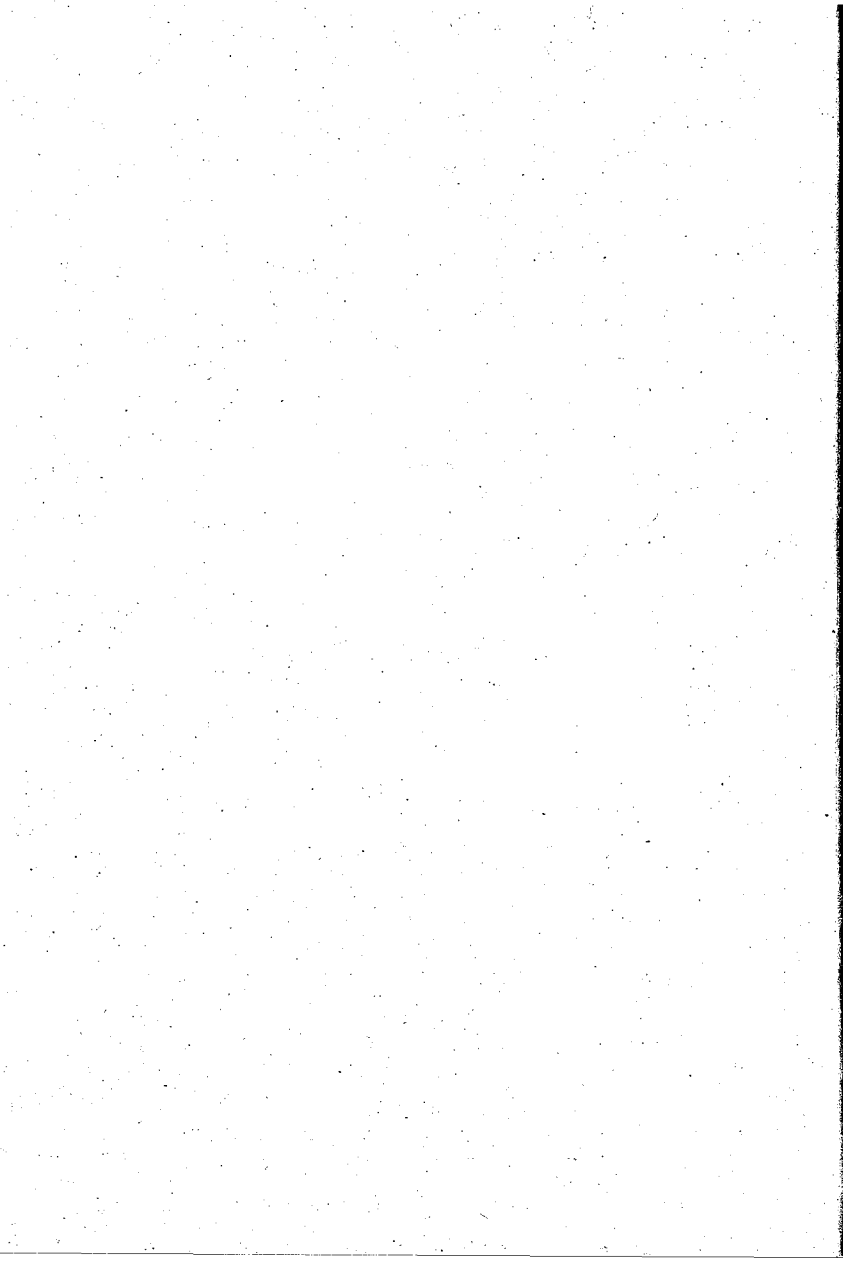




GUY DEBORD

«Esa mala fama...»

[pepilas de calabaza ed.]



«Esa mala fama...»

Pepitas de calabaza ed.
Apartado de correos n.º 40
26080 Logroño (La Rioja, Spain)
pepitas@pepitas.net
www.pepitas.net

- © Editions Gallimard, 1993
- © De la foto de portada: Alice Debord
- © De la edición: Pepitas de calabaza ed.

ISBN: 978-84-937671-9-8
Dep. legal: NA-3372-2010

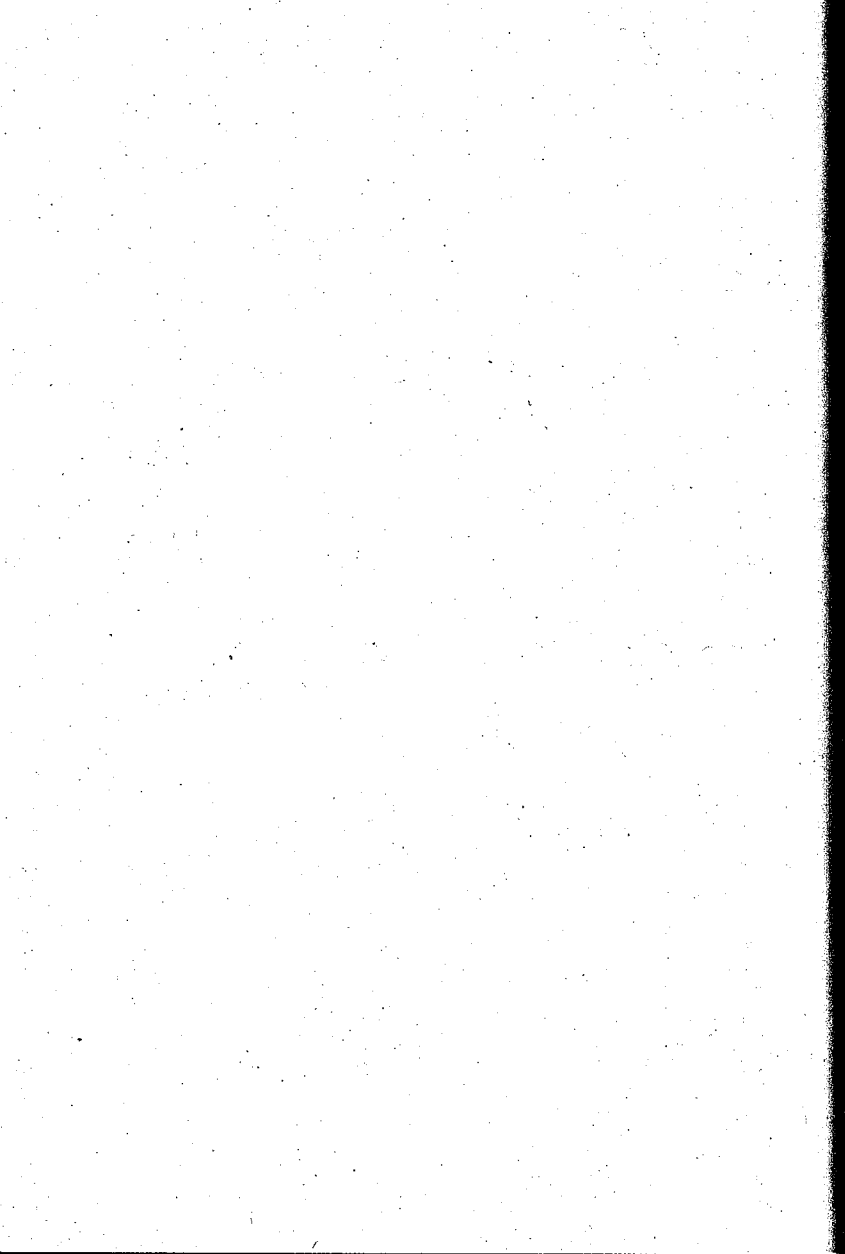
Prohibida la venta en los países de América Latina

Traducción: Federico Corriente
Grafismo: Julián Lacalle

Primera edición, marzo de 2011

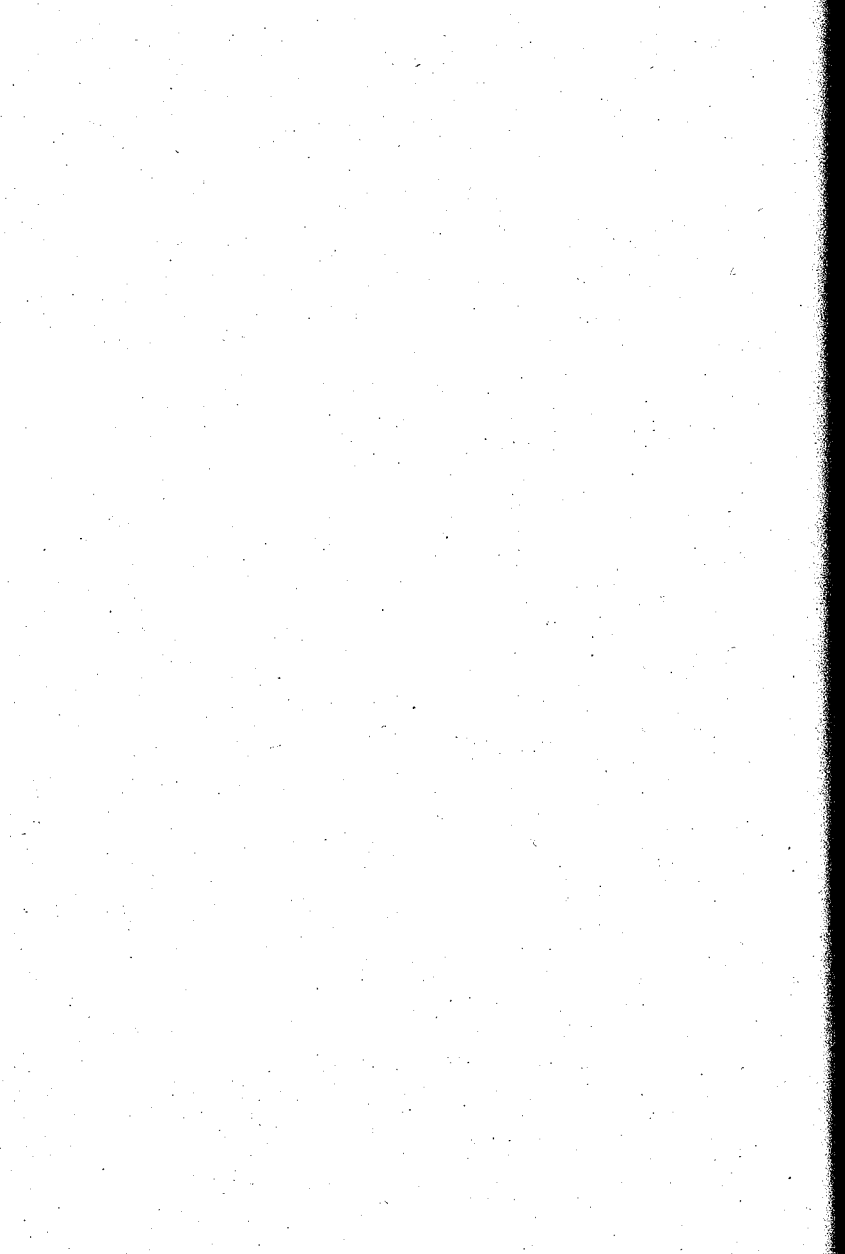
«Esa mala fama...»

Guy Debord



«Espero... haberme ceñido a la regla que me fijé al comienzo de mi disertación. He tratado de destruir la injusticia de esa mala fama y la ignorancia de la opinión.»

Gorgias de Leontino



EL PASADO MES DE mayo, con ocasión de la reedición de un libro de 1985 en el que me vi obligado a negar, de forma bastante sencilla, mi dudosa culpabilidad en un asesinato, me pareció que había llegado el momento de examinar la modernización de la crítica que esta época ha dedicado a contradecirme (es cierto que he vivido toda clase de aventuras, y admito que ninguna de ellas ha enmendado las anteriores. No me he esforzado por agradar). Entonces escribí sobre tales críticas, cada vez más completas: «De ahora en adelante, para darme mala fama, van a acumular las denuncias perentorias sobre cada tema. Ya se trate de especialistas homologados por autoridades desconocidas o meros auxiliares, los expertos revelan o comentan desde muy por encima todos mis necios errores, detestables talentos, grandes infamias y malas intenciones». Ahora voy a aportar pruebas suficientes.

Me atenderé a las asombrosas series de ejemplos aparecidos en las declaraciones de los empleados me-

diáticos de mi país entre los años 1988 y 1992, y publicaré los documentos de forma exacta y siguiendo el orden cronológico, que es el más imparcial. Dante decía que habría que responder con el cuchillo a argumentos de una bestialidad semejante. Eran otros tiempos. De vez en cuando haré alguna observación moderada, sin pretender en ningún momento presentarme como mejor de lo que soy.

En enero de 1988, la vulgarísima revista ilustrada *Globe* me situó entre los «Grandes Silenciosos» que se mantenían al margen de las vulgaridades mediáticas, en la extraña compañía del general François Mermet, en aquel entonces jefe de los servicios secretos franceses, y de Jacques Focart, que durante tanto tiempo fue el «hombre en la sombra» de los tejamañes capitalistas en África. La revista en cuestión revelaba que el tal Debord, «único rival del marxismo reinante, lanzó a la generación del sesenta y ocho al asalto del Viejo Mundo y estuvo a punto de tener éxito». No dice cómo lo hice, ni si la idea era buena.

Decir que estuve a punto de tener éxito se me antoja chocante. El éxito social, bajo cualquier forma que fuese, no ha figurado entre mis proyectos. Por otro lado, pienso que en cierto modo me era imposible fracasar, ya que, al no poder hacer ninguna otra cosa, sin

duda hice lo que debía. Pensaba lo contrario de lo que pensaba casi todo el mundo sobre casi todo, y logré decirlo de forma bastante pública; la catástrofe anunciada de toda una sociedad demostró después que no me faltaba lucidez. Además, ni siquiera creo haberme sentido obligado a convencer de que tenía razón a personas con puntos de vista profundamente opuestos, o al menos estipendiadas para fingir que creían en ellos. Lo cierto es que me he puesto a prueba, pero ni por encima de mis talentos ni de la historia. Creo que un rasgo de carácter que no he ocultado me ha distinguido profundamente de casi todos mis contemporáneos: no he creído nunca que nada en el mundo hubiera sido creado con el objetivo preciso de agradarme. Los pardillos, a decir verdad, siempre razonan al revés. Tampoco he creído que estuviésemos aquí para hacer buenos negocios, pues tenía serias dudas acerca de su atractivo. No he sido rival de nadie.

EN MAYO de 1988, la revista *Le Débat*, bajo un epígrafe titulado «Diccionario de nuestro tiempo», me definía

así: «El hombre más secreto para una de las trayectorias públicas más significativas de los últimos veinticinco años... en la era de la cultura de masas, Debord y sus compañeros situacionistas fueron el ejemplo consumado de los recursos de la minoría activa, aureolada de misterio y capaz de transformar en elemento de influencia hasta su ausencia». Pretenden situarse a mayor altura, al nivel del pensamiento histórico, pero en realidad no se trata más que de la flor y nata de una neo-universidad seleccionada con ayuda de los *media*. ¿Cómo podría uno transformar en elemento de influencia hasta su ausencia? Es una idiotez. ¿Cabe imaginar qué pueril ritual conspirativo podría aureolar de misterio a un fulano cualquiera? Quienes se lo han creído todo piensan que todo es creíble. Saben de forma muy pertinente, pero no pueden decirlo, que la cultura de masas miente o se equivoca sobre todo aquello que pueda tener un atisbo de interés. Y no se trata de una lamentable casualidad: esa es su función en tanto cultura de masas. Solo en ese contexto se entiende que el historiador Pascal Dumontier, que en 1990 escribió *Les Situationnistes et Mai 1968*, hiciera este comentario: «En efecto, es preciso recordar que solo las fuentes procedentes de la I. S. o de quienes fueron sus allegados nos permiten hablar un poco de ella». Esta asombrosa ausencia en el seno de la infor-

mación contemporánea de cualquier otra fuente independiente en lo tocante a la I. S. no se puede atribuir al éxito de la conspiración situacionista, sino más bien al cambio en el estado del mundo. Así era como, ya en torno a 1960 en Europa Occidental, la «policía del pensamiento» mediática trataba a revistas y libros que aparecían de forma legal y que eran muy leídos.

Por lo demás, la propia revista *Débat* comprendió con rapidez que yo había aportado a la desagradable aventura algunos defectos propios: «Lo que ha fascinado en Debord es un estilo, su impacto: el resultado eléctrico de una apología del desorden de todos los sentidos vertida en la fría firmeza de una prosa clásica, situada en algún lugar entre Retz, Saint-Just y el Marx panfletario». Es fácil ser culpable de tener estilo cuando eso se ha convertido en algo tan raro como tener personalidad. ¿Acaso no supone una falta de consideración por el espíritu democrático-espectacular? He sido sin duda alérgico a los métodos de alteración de los sentidos fabricados por la industria de épocas recientes, pero no me sorprende que unos modestos funcionarios que se han sentido obligados a respetar siempre y en todas partes hasta el menor reglamento de las modas del instante me atribuyan, junto al golfo de Rimbaud, una intemporal voluntad de incitar a la alteración de todos los sentidos. La alusión indignada

a la transparencia del lenguaje parece tener como objetivo evocar a la detestable aristocracia y, por tanto, tiempos odiosos y con un grado menor de escolarización, es decir, con menos títulos. Los tres ejemplos de autores clásicos citados (y no han sido escogidos de forma inocente) pertenecen a gente peligrosa, con las manos manchadas de sangre, ya que tomaron parte en guerras civiles. Por tanto, han pasado en diversos momentos por enemigos del Consenso. Una vez llevados a buen puerto los preparativos, *Le Débat* puede presentar con toda confianza la explicación definitiva sobre un personaje que desde el principio le pareció digno de tan graves recelos: «Allí donde la aspiración radical a la pureza actúa desde dentro contra la empresa revolucionaria, deshace sus posibilidades concretas en nombre de la sublimidad de sus fines». Las palabras lo dicen todo. Eso está escrito en 1988. Por tanto, el autor aún debía de pensar que en ese momento la «empresa revolucionaria... concreta» existía realmente entre los burócratas que gobernaban Rusia y diversos estados satélite. La impostura solo se desmoronó dieciocho meses más tarde.

EN MAYO de 1988 le llegó el turno a un panfleto de treinta y cinco densas páginas titulado *Échecs situationnistes*¹ (B. P. n.º 357 - 75968 Paris CEDEX 20). Los autores, Laura Romchild y Jacques Vincent, parecen haber puesto gran empeño en no olvidar nada que pudiera ratificar la pertinencia del título. No se sabe quiénes son, qué han hecho, ni qué suscita su viva pasión actual. Emprenden la tarea tan alegremente que enseguida cuesta entender cómo hemos podido pasar sin su obra durante tanto tiempo, visto lo desdichado del tema. ¿Qué es este mundo sino un lugar en el que tales fracasos no se olvidan solos y dejan tras de sí una envidia tan tenaz? Da la impresión de que quieren hacer pensar que lo que más les mueve es la piedad que les embargó al comprobar los estragos causados entre tanta pobre gente por esta «ideología» que tan fácilmente les destruyó: «Fue determinante en la vida de miles de personas, que fundaron sobre esas implacables teorías críticas unas esperanzas desmesuradas y que se lanzaron movidos por ellas a empresas aberrantes».

1 El título es un juego de palabras que puede traducirse de dos formas, *Fracasos situacionistas* o *Ajedrez situacionista*. (N. del T.)

¿Y por qué? «Frente a la lucha real, los situacionistas prefirieron simular un combate solitario y desesperado contra el “espectáculo”, erigido por ellos en mal orwelliano, cuando ese “totalitarismo” inventado de cabo a rabo es un puro efecto de autosugestión.» Era de esperar que Orwell también fuera sospechoso, porque ya sabemos de dónde venía («Los anarquistas tenían entonces el control efectivo de Cataluña y la revolución estaba todavía en su apogeo»). Así pues, Orwell usurpó su gloria retrospectiva describiendo un totalitarismo imaginario. ¿Y de qué treta aún más trivial me habré valido yo? «La premisa filosófica y psicológica de Debord, recogida en la primera “tesis” de su libro, “todo lo que era vivido directamente, se aleja en una representación”, es falsa. Debord amalgama en el término de representación cosas distintas e incompatibles. Mezcla la representación política y la delegación de poder con sus homónimos, como la representación-espectáculo...» Podrían sacar a relucir otras aún más incompatibles, pero el esfuerzo sería en balde.

«Empeñado en construirse una gloria retrospectiva, Debord fue el peor dirigente de partido del siglo. En treinta años de autoridad indiscutible solo ha logrado desacreditar completamente a su causa y a su persona.» ¿Adónde habría podido yo conducir a esas

másas obedientes? Así pues, pretenden, con cierto cinismo, que yo he perseguido o ejercido una autoridad. De hecho, velé, como es sabido, para que el famoso «prestigio de la I. S.» no se ejerciera demasiado ni durante demasiado tiempo. Una sola vez en mi vida, el 14 de mayo de 1968, firmé una circular en París («A los miembros de la I. S., a los camaradas que se han declarado de acuerdo con nuestras tesis»), en la que decía lo que había que hacer en ese momento. Pienso que fue lo justo en el momento justo. Pero a la vista de semejantes excesos de horror veinte años después, más bien se diría que desaté el infierno nuclear.

«Debord considera el mundo como un tablero de ajedrez, y los que gobiernan también. [...] Ha mostrado de otras formas su falta de humanidad, creyendo dar muestras de fuerza cada vez que ha denigrado vergonzosamente a los excluidos del situacionismo, a quienes antes había aceptado completamente, tal como eran...» ¡Habría que concluir, por tanto, que solo teniendo en cuenta a quienes llegaron a formar parte de esa I. S. tan deliberadamente restringida, he seducido demasiado! (Pero, ¿supieron seguir siendo todos ellos «tal como eran»? «El lenguaje de la seducción, cuando sirve para comunicar además una teoría, es el lenguaje de la venta, es decir, de la prostitución.» En

esos fines se puede reconocer a «burgueses», y hasta a «rentistas».

«El eslogan de esta fantasmada es: "No trabajéis jamás".» ¿Se trata de una fantasmada tan fácil de mantener? Contradiciéndose, los autores de este docto panfleto pretenden enseñarme a estafar mejor. Según ellos, tendría que haber hecho mejor uso de todo el dinero sustraído, o más bien tan escandalosamente gravado, a Lebovici, como si conocieran de cerca todo lo que caracteriza tales operaciones. (*Yo no hago política.*) «Mientras que los políticos de todas las tendencias se pasan la vida desviando fondos de cualquier procedencia en beneficio de su propaganda, los terribles situacionistas, que ni siquiera tuvieron que ensuciarse las manos para disponer de todo el que quisieran, no supieron hacer con él más que pajaritas de papel!» Nótese que estos dos parecen ser las dos últimas personas en Francia que creen que el dinero desviado por los políticos tiene como objetivo real, cívicamente necesario a fin de cuentas, la financiación de los partidos políticos «sin enriquecimiento personal», como siempre se dice en las amnistías. A partir de ese falso ejemplo, me atribuyen, para reprochármelo acto seguido, el imbécil proyecto, movido por no se sabe qué increíbles escrúpulos, de no haber aspirado quizá a otra cosa que a publicar libros.

Conozco muy bien mi época. No trabajar jamás exige mucho talento y es una suerte que yo lo haya tenido. No me habría hecho ninguna falta, y desde luego no lo habría empleado con el objetivo de acumular excedentes, si hubiese sido rico de nacimiento o hubiese querido dedicarme a una de las pocas artes para las que quizá estaba más dotado que otros, consintiendo una sola vez en hacer la menor concesión a los gustos actuales del público. Mi visión personal del mundo no excusaba esa clase de prácticas en torno al dinero salvo para conservar mi total independencia y sin comprometerme a nada a cambio. La época en que todo se disolvía facilitó mucho mi juego a ese respecto. Mi rechazo al «trabajo» quizá haya sido incomprendido y mal visto. Desde luego no pretendí embellecer esa actitud por medio de ninguna justificación ética. Simplemente quise hacer lo que más me gustaba. De hecho, a lo largo de mi vida he tratado de disfrutar de un buen número de situaciones poéticas, y también satisfacer algunos vicios anexos pero importantes. *El poder no figuraba entre ellos*. Amo la libertad, pero el dinero, desde luego, no. Como dijo aquel:² «El dinero no es un deseo de infancia».

2 Freud. (N. del T.)

No creo que se pueda pensar, en vista de lo anterior, que me haya mostrado nunca demasiado seductor en la sociedad actual, ya que en ningún caso he disimulado el desprecio que sentía por aquellos que en tantos temas se han arrastrado tan tranquilamente entre las ilusiones establecidas.

Romild y Vincent añaden torpemente la única explicación aparentemente realista en lo tocante a la necesidad de este libelo: «Debord y los situacionistas son nuestras últimas fotos-recuerdo de Mayo del 68, cuando todos los demás protagonistas del asunto se han integrado, vendido o lo han olvidado todo». He ahí por qué puede uno merecer, por fin y de forma tan tardía, que Laura Romchild y Jacques Vincent pongan manos a la obra para trenzarle una corona de laurel especial.

El 22 de julio de 1988 Roger-Pol Droit escribía en *Le Monde*: «En una época de escándalos mediáticos, hace falta cierta firmeza para cultivar la oscuridad. Guy Debord se ha hecho célebre en secreto. Crítico radical

de la sociedad actual, lleva treinta años dedicándose a deshacer el sistema general de ilusión que engloba tanto al Este como al Oeste. Miembro fundador de la Internacional Situacionista, es el autor de *La sociedad del espectáculo*. Ha realizado varias películas y difundido numerosos textos bajo diversos pseudónimos, no todos identificados. Debord es, en efecto, un maestro consumado en el arte de borrar pistas y sembrar silencios en los huecos de las frases, sin dejar huellas. Se le reconoce solo por fórmulas afiladas como un bisturí, redactadas en una prosa fría, de una dureza ejemplar. A ese respecto no hay duda: estos *Comentarios sobre la sociedad del espectáculo* son de Debord, que por una vez ha adoptado su propio nombre como pseudónimo. Veinte años después, los hechos parecen confirmar con creces el diagnóstico que le hizo célebre y que aseguró su influencia, que en ciertos ambientes es considerable».

Nunca he publicado nada bajo un pseudónimo. Precisamente porque esa es la verdad, este mediático se ve obligado a evocar «diversos» pseudónimos que no han sido «todos identificados», a fin de inducir engañosamente a pensar que él habría conseguido identificar al menos uno, cuando no seis u ocho. Pero no, no es más que una mentira. Se pretende, sin duda,

engrosar mucho mi sospechosa obra. Esos pseudónimos imaginarios podrían probar que he consentido sin ninguna duda en trabajar, y en tal caso, ¿en qué? A no ser que se tenga previsto ofrecer en edición póstuma algunos útiles ejemplos de esos pseudónimos falsos por fin descubiertos, en cuyo caso, ¿se ofrecería a autentificarlos el señor Droit, ese grosero masperizador³ que pasa por ser un entendido? Raya con una especie de humor metafísico cuando aporta la prueba absoluta, según la cual esta vez (está claro que eso no se podría decir de cualquiera) hasta me habría rebajado a adoptar mi propio nombre como pseudónimo: en resumidas cuentas, es una mera cuestión de terminología. No sé lo que pretende insinuar recordando que he adquirido una influencia considerable «en ciertos ambientes». ¿De qué ambientes se trata? Supongo que no conviene esperar nada recomendable.

3 Alusión a la editorial del mismo nombre fundada por François Maspero, responsable de la publicación izquierdista *Partisans*, cuyos redactores manipularon varios documentos de la I. S. y el Comité para el Mantenimiento de las Ocupaciones en el número del año 1968 de dicha revista. Los situacionistas acuñaron en su honor los vocablos «masperizar» y «masperización» como sinónimo de falsificación o corrupción deliberada de un texto, como podría ser, por ejemplo, la supresión de fragmentos sin indicación expresa. (N. del T.)

«Estas evasivas y declaraciones en clave pueden irritar o hacer reír. A fuerza de ver espías por todas partes, ¿no será que Debord, en lugar de desmontar la máquina kafkiana que tritura lo humano, ha acabado hundiéndose en una bruma tipo John Le Carré? Eso parece.» La ignorancia siempre se equivoca cuando da a conocer su opinión, y la incompetencia de su juicio sobre las obras literarias de su época es especialmente ridícula. Desde hace más de sesenta años se admite con facilidad, e incluso sin haberle leído, que Kafka anunció una gran parte del espíritu siniestro de este siglo, al igual que desde hace todavía más tiempo se viene negando que Jarry anunció una parte mucho más enorme. Aquellos que saben lo que sucede en el mundo son los que gustan a quienes saben hablar al respecto. En su *Antología del humor negro*, André Breton mostró inmediatamente que Jarry había prefigurado los discursos de los «procesos de Moscú»; después, desde el Kremlin a Bucarest, pasando por Pekín y el buró político del partido comunista yemenita, vimos cómo se llevaban a cabo los ajustes de cuentas o las súbitas sucesiones de los poderes totalitarios modernos: en el estilo exacto de las ejecuciones putschistas de *Ubú rey* («Bien, entonces intentaré pisarle, él dará un respingo, y entonces le diré: MIERDRA, y a

esa señal os arrojaréis sobre él.»). Tampoco es cierto que yo haya exagerado la importancia del desarrollo cuantitativo del oficio de «espía», pues sigue siendo el único sector profesional contemporáneo que se libra del paro, y es casi la única salida de los estudios literarios. Menos cierto aún es que haya atribuido una utilidad cualitativa notable a su despliegue masivo para el mantenimiento de los poderes existentes. He señalado con claridad la ley de rentabilidad decreciente que domina su empleo (en el capítulo xxx de los *Comentarios* de 1988). Todo eso se verificó en los años inmediatamente posteriores, cuando tantas potencias acabaron disolviéndose. Le Carré no es más que un literato sobrevalorado y sin el menor interés histórico, que se limitó a ejemplificar los lugares comunes más trillados del pseudo-eje de división ético-cósmico de la supuesta guerra fría. Francis Ryck, en *Le Compagnon indésirable* y otros escritos, dejó constancia de mucho mayor talento, y de verdades reconocibles.

Pretende bromear diciendo que me dedico «desde hace treinta años a deshacer el sistema general de ilusión que abarca tanto al Este como al Oeste». Me he dedicado ante todo y de forma casi exclusiva a vivir como más me convenía. Por lo demás, no he tenido la vana pretensión abstracta de salvar el mundo; todo

lo más, pensé en ayudar a aquellos a quienes consideraba mis amigos. Siempre he estado seguro de que todas las ilusiones del Este y del Oeste cambiarían sin cesar y forzosamente, en consonancia con la totalidad de los desastres y catástrofes que inevitablemente iban a acarrear. En la actualidad, la mitad de ese camino parece ya recorrido. Puede que al señor Droit le irrite todavía más, pero se reirá dos veces menos. La situación en la que se encuentra el Oeste es casi igual de mala. En el capítulo VII de los *Comentarios* dije que había que añadir un resultado negativo central «a esta lista de triunfos del poder espectacular» ahora que la sociedad de lo espectacular-integrado creía que ya solo tenía que teledirigir sin réplica un mundo consensualmente unificado dentro de la ilusión: «Un Estado en el que se instala de forma duradera un gran déficit de conocimientos históricos ya no puede ser dirigido de forma estratégica».

EN *L'ÉVÉNEMENT du jeudi* del 15 de diciembre de 1988 apareció esto, firmado por un tal André Clavel: «Hacer

un retrato de Debord tiene algo de desafío. Desprecia a la prensa, se niega a conceder entrevista alguna y cultiva maquiavélicos enigmas en torno a su persona. En la contraportada de su último ensayo no aparece ni una palabra sobre él...» Véase lo que en la actualidad se ha convertido en norma, no sin muchos motivos de lo más utilitario, pero que antes de un acondicionamiento de los reflejos muy reciente habría sido una reflexión de lo más extraordinaria. ¿Qué necesidad hay de «retratarme»? ¿Acaso no he dejado en mis escritos el mejor retrato que podría hacerse jamás, si existiese la menor necesidad de uno? ¿De qué otra forma podría interesar a mis contemporáneos que exponiendo lo que fueron, en mi opinión, ciertos aspectos decisivos y terribles de la vida que se les impone, y que los responsables del curso de las cosas no quieren que se sientan tentados de examinar demasiado de cerca? Desprecio a la prensa, y con razón: ese es el motivo de que me haya negado siempre a conceder entrevista alguna. La desprecio por lo que dice y por lo que es. Está claro que no soy el único, pero sí, sin duda, quien puede decirlo con mayor franqueza y sin traba alguna, porque resulta que quizá soy el único al que no le preocupan en modo alguno sus despreciables elogios, y mucho menos sus reproches. Desde la perspectiva invertida del espectáculo, eso se llama cultivar «ma-

quiavélicos enigmas en torno a su persona» (es lo que el empleado de *Le Monde* —da igual si me equivoco— consideraba ser «un maestro consumado en el arte de borrar las pistas y sembrar silencios en los huecos de las frases, sin dejar huellas...»).

«Sin duda, entre quienes crecieron alimentándose de los panfletos de Mayo del 68, el único que llevó la radicalidad hasta los límites de la paradoja, casi hasta el suicidio intelectual, fue él.» De ahora en adelante, la imprecisión en el lenguaje es útil para los periodistas, y viene de perillas, porque casi todos serían incapaces de escribir mejor. ¿Qué quiere decir exactamente la manida frase «crecieron nutriéndose de los panfletos de Mayo del 68»? En 1968 yo tenía treinta y seis años; ya no era un niño. Lo peor lo había hecho antes. «Crecieron» debe de entenderse probablemente en el sentido de éxito social, como sostuvo en 1971, durante un proceso literario, un abogado que me reprochó haber roto de forma unilateral y sin motivo el contrato que me vinculaba a mi primer editor, «desde que el señor Debord construyó su reputación y su fortuna sobre las desgracias de su país». Ahora se llega poco menos que al extremo de compadecerme por haber tenido que aventurarme hasta los límites del «suicidio intelectual», es decir, por no haber

vivido como un mediático o mediatizado cualquiera. Pero precisamente por no haber querido hacerlo, mi vida ha sido más bien una satisfacción constante. Al contrario, el verdadero suicidio intelectual lo cometieron en el acto quienes depositaron su confianza en las buenas ideas y los buenos negocios de una sociedad en liquidación.

EN DICIEMBRE de 1988, un tal Joseph Mouton publicó en la revista *Art Press* unos *Comentarios sobre los comentarios de Guy Debord*. No sé qué confianza merecen las informaciones de *Art Press*, pero, de ser ciertas, el señor Mouton se dedica a enseñar estética en la Escuela de Arte de Niza. Nos ofrece así una prueba de su existencia y de la autenticidad de su patronímico, pues de lo contrario cabría pensar que él mismo escogió un pseudónimo humorístico para la ocasión.⁴ Parece que aquel año este funcionario fue elegido como asesor para escoger las mejores formas de refutar mi

4 En francés *mouton* significa cordero, si bien bastante crecido. (N. del T.)

inquietante crítica y sus atípicos puntos de partida. He aquí —y cada una de sus palabras merece ser sopesada— lo que piensa de entrada el esteta: «Es difícil escribir sobre Guy Debord. Podría sortearse la dificultad, sin duda, escribiendo sobre él sin haberle leído (a decir verdad, sería el medio más seguro); también podría declarársele loco y borrar todo su libro de un plumazo psiquiátrico (sería la medicina más expeditiva); también podría remitírsele a ese período negro que precedió al “consenso”⁵ y consignarle al olvido con él acusándole de arcaísmo (sería la esquivia más moderna); por último, convencidos por el autor de que su libro trata de “cuestiones graves”, podríamos dejarnos llevar a debatir su contenido, pero entonces correríamos el riesgo de escribir no ya sobre él, sino según él (y es ahí, sin duda, donde reside el peligro)».

Al señor Mouton no se le puede negar una gran lucidez, un buen conocimiento del tema y auténtico dominio de su oficio. Me parece que ha captado y dicho lo esencial, en el orden de preferencia que efectivamente habría que escoger. La solución más recomen-

5 En el contexto francés, el «consenso» parece referirse no solo al «Consenso de Washington», sino al Nuevo Orden Mundial inaugurado tras la caída del Muro de Berlín, es decir, al triunfo pleno del orden «neoliberal». (N. del T.)

dable y más segura, naturalmente, sería que no se me pudiera leer (las editoriales son mortales) y que aquellos que escribiesen sobre mí estuviesen informados integralmente por otras fuentes, más responsables. La solución psiquiátrica es sin duda la más expeditiva, y estuvo muy en boga en la Rusia durante tanto tiempo y tan falazmente llamada «soviética», pero no es segura. Declarar absolutamente caduca toda mi problemática teórica porque fue formulada en los tiempos oscuros y primitivos que precedieron en más de una década al rutilante consenso, eso ya es de buena lid, pues los seres consensuales han sido formados precisamente para no adherirse más que a lo que oyen repetir desde todos los puntos de la cámara de ecos del instante, y a reaccionar con horror ante lo que sospechan que ya no es del agrado de la última moda mediática. Todo transcurre como si Goya o Turner solo pudieran ser admirados en los días en que se organizan sus grandes exposiciones, pero no a la vez. El señor Mouton no se deja engañar por tales bobadas. Sabe que ese consenso mundializado a toda prisa no va a hacer las veces de fin del mundo, ni tampoco de feliz «fin de la historia» en el marco del pensamiento nipoamericano, más que durante unos pocos semestres. Por eso, convencido de que «la esquivia más moderna» también será la prime-

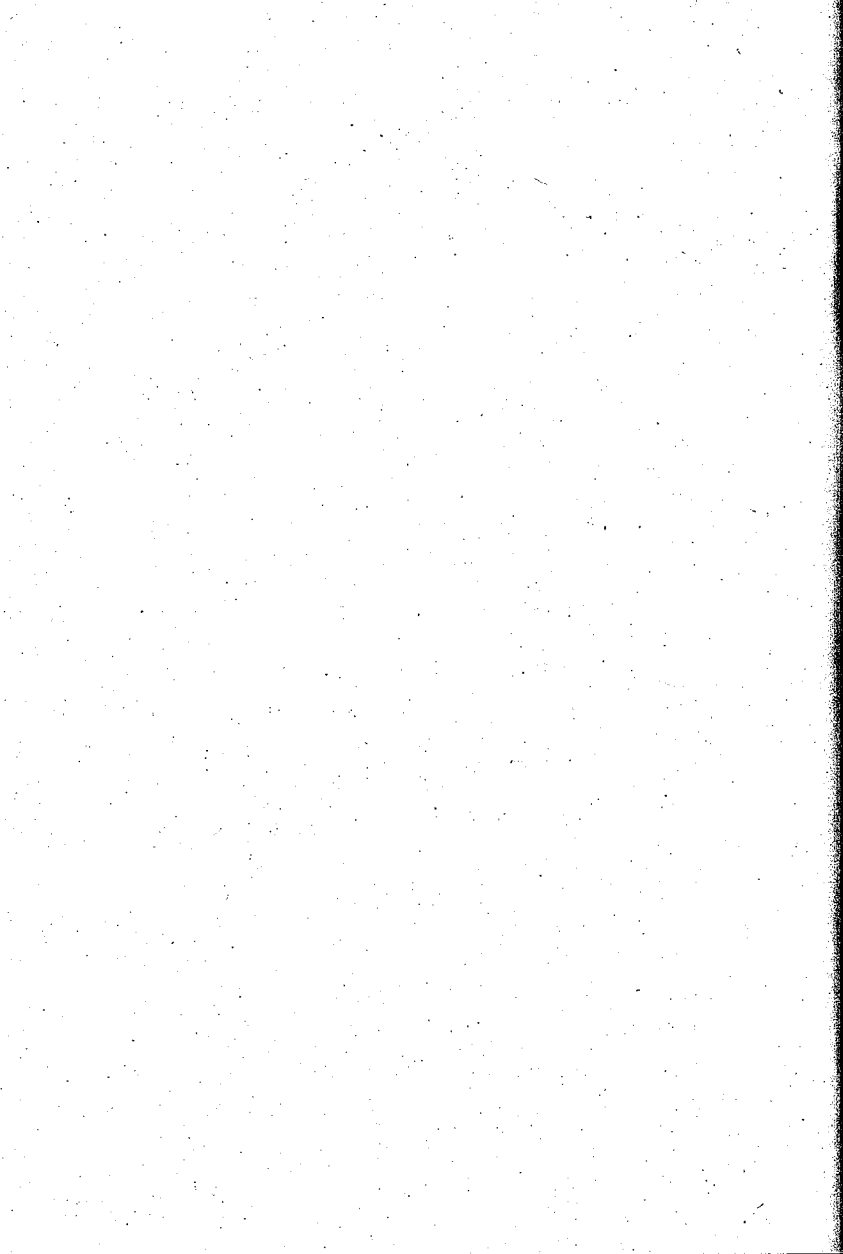
ra en pasar de moda, solo la cita en tercer lugar. Lo más funesto, y tiene razón en proscribirlo por encima de todo, sería «dejarnos llevar a debatir su contenido». Mediante semejante recurso a la barbarie decimonónica correríamos, en efecto, el riesgo «de escribir no ya sobre él, sino según él (y es ahí, sin duda, donde reside el peligro)». En tiempos preespectaculares y desde que se abolieron las viejas censuras, la historia mostró cien veces las dificultades y los trastornos que podían llegar a surgir en una sociedad cuando se tenía la arcaica costumbre de escribir siguiendo a ciertos autores, quizá malintencionados.

Un poco más adelante, el señor Mouton comete el error de dejarse llevar por algunas de esas imprudencias que, no obstante, el propio informe Mouton había condenado de forma muy clara: entra en detalles demasiado peligrosos acerca de mi pensamiento y lo que él mismo piensa sobre él. Y es evidente que se suma a la explicación por paranoia, pese a que él mismo había reconocido al comienzo lo poco que le gustaba semejante opción. Ciertamente es que lo hace al precio de una revisión importante del propio concepto de paranoia. Así como el señor Roger-Pol Droit ha aportado en mi honor una especie de revolución espacial anti-euclidiana en el seno de la vieja distinción-oposición entre el

pseudónimo y el nombre auténtico, la paranoia ya no es lo que era antes del señor Mouton. En otra época se trataba de una actitud mental que justificaba mediante racionalizaciones un error que bloqueaba manifiestamente la comprensión real del mundo. La paranoia de los tiempos moutonianos es al revés: *parece* aproximarse más a una comprensión exacta del mundo actual que la deficiente explicación oficial del mismo, que no es otra que la explicación espectacular. Yo he señalado su debilidad por todas partes, y el señor Mouton también la deplora. Lo que ha producido esta brusca mutación, tan grandiosa como imprevista, de la inteligencia paranoica es la indiscutible y paranoica desgracia del mundo real. Bastaba con saberlo.

«Lo hemos comprendido: Debord es una inteligencia paranoica. Ahora bien, frente a la oscuridad racional que envuelve a las sociedades "post-industriales", frente al extraño juego de espejismos que producen permanentemente todos sus elementos, parece que una inteligencia paranoica tenga mayor éxito...» O también: «separada de su objeto por una especie de desconfianza heroica, la inteligencia paranoica se ve forzada desde su soledad a hacer un esfuerzo de lógica». ¿Qué es lo que permite al señor Mouton pontificar sobre mi «soledad»? El simple hecho de que él

mismo acaba de asegurar que soy un paranoico. Se remite al detalle que *anuncié* al principio del libro (Pero, ¿acaso lo cumplí? ¿Podría tratarse de un señuelo? ¿El único de todo el libro quizá?), donde decía que iba a introducir en él unos cuantos señuelos, y se asombra: «¡Qué procedimiento tan barroco advertir a la gente que uno se va a burlar de ella!». Y además cree poder decir que «Debord ya no consigue sacar nada más a la dialéctica, que ocupaba un lugar tan importante en *La sociedad del espectáculo*». Es que el señor Mouton no reconoce en todas partes la dialéctica, con la que debe de haber tenido un contacto bastante tranquilizador y muy esquemático. Yo creo que el señor Mouton no ama la libertad.



EN MARZO DE 1989, entre una enorme profusión de chismes inventados, *Actuel*, que pretendía resumir la historia de la Internacional Situacionista, señalaba: «En marzo de 1962 la gran limpieza llegó a su fin. En menos de dos años, Debord puso en la calle a los casi veinte artistas que había en la I. S.». Semejante resumen llegaba justo a tiempo para apoyar el punto de vista *nashista*⁶ del neo-museo llamado «Centro Pompidou», que intentaba demostrar que la duración de la I. S. se limitó en realidad a los cinco años del período 1957-1962. En este risible «país de las maravillas», los diez años siguientes, tan mal empleados, quedaron borrados de un plumazo museográfico-histórico. No se trata de matizar la duración de las glaciaciones. Se pueden tachar dos tercios de un periodo que se remonta a solo tres décadas atrás. Este aspecto de lo

6 Vocablo acuñado por la I. S. para referirse a la facción neoartística encabezada por Jörgen Nash, y expulsada en 1962. (N. del T.)

espectacular recuerda mucho al «espectáculo concentrado», tal como se practicaba alrededor de Stalin.

La tal revista *Actuel* pretende además que capitalistas italianos como De Benedetti y Berlusconi, así como un tal Carlo Freccero, aprendieron de los situacionistas sus mejores exacciones. Pero, ¿acaso es eso cierto? Y si lo fuera, ¿adónde podría conducirles? Forma parte de la esencia del capitalismo tardío que los mejores golpes de sus aventureros más instruidos solo les procuran pasajeras ventajas personales en la misma medida en que aceleran la disolución patente del conjunto del sistema. «Los empresarios y banqueros de la “generación del 68” (que prefieren mantenerse en el anonimato) han montado una célula de reflexión llamada *Amardi*. Son formales: Carlo de Benedetti ha leído tan bien a Censor como a Debord.» ¿Quiénes son ellos para juzgar sobre quién ha «leído bien»? Yo puedo ser igual de formal: no conozco nada de Carlo de Benedetti. Ninguno de los otros banqueros citados se ha beneficiado de mis consejos, ni tampoco ha sido víctima de una de mis hermosas estafas. Sigue queriéndose hacer soñar con mis turbias relaciones. «¿Y Gérard Lebovici? [...] el amigo íntimo de Debord [...] asesinado en 1984. ¿Por qué? Seguimos sin saberlo. Quedan zonas de sombra alrededor de los Sitos.» Por lo menos ahora no lo saben: así lo prefiero.

L'ANTITERRORISME EN France, el libro que Serge Quadrupani publicó a comienzos de 1989 en las Éditions de La Découverte, solo contiene un detalle que me concierne, pero se trata de un trucaje de lo más extravagante, una especie de cosecha reservada para objetivos especiales: «Y cuando G. Debord asegura que Moro estuvo secuestrado en un edificio impenetrable (se sobreentiende, sin duda, que se trataba de la embajada de los Estados Unidos), uno puede quedar desconcertado [...]. Lástima que haya que creer al autor de *La sociedad del espectáculo* bajo palabra».

Yo había mostrado, y lo cierto es que es un rasgo bastante reciente dentro de la descripción de la sociedad democrática, que: «Tanto en las grandes ciudades como en ciertos espacios reservados del campo hay un número cada vez mayor de espacios inaccesibles, es decir, vigilados y al abrigo de miradas ajenas [...]. Aunque no todos sean de carácter propiamente militar, siguen ese modelo en tanto que se hallan a salvo de todo riesgo de control por parte de transeúntes o

vecinos...». Queriendo hacerme pasar por un imbécil arcaico, Quadruppani pretende confundir esta triste novedad con el viejo estatuto de la extraterritorialidad diplomática, con los sótanos del Vaticano, o con esa excesiva embajada de los Estados Unidos, tan acostumbrada a ocuparse de todo en Italia que se habría encargado ella misma de secuestrar a Aldo Moro. Quadruppani tiene la aberrante desfachatez de lamentar que haya que creer «bajo palabra» una necedad que yo no he dicho, como muy bien sabe, ¡ya que decide él solito que «sin duda» la he pensado! Cabe considerar casi igual de sospechosa, cuando es un Quadruppani quien la emplea, la expresión exageradamente pomposa con la que evoca al «autor de *La sociedad del espectáculo*». ¿También pretende hacerme responsable de ella? A mí me parece que los verdaderos autores de la sociedad del espectáculo sois más bien vosotros, empleados en extraños trabajos.

EN SU edición del 29 de junio de 1989, *Libération* informaba de que el *Times* de Londres acababa de pu-

blicar una revelación más directa: «En los últimos meses, Guy Debord, el filósofo y héroe revolucionario intelectual, ha aparecido bajo una luz completamente nueva. El mes pasado, un artículo de fondo del *Village Voice* reveló que Debord fue reclutado por la CIA durante los primeros años de la I. S. y que recibía pagos regulares de sus burós parisinos. Esta información, que ha permanecido oculta durante mucho tiempo, acaba de ser desenterrada por azar, en el transcurso de laboriosas investigaciones sobre los documentos de la seguridad estadounidense recientemente abiertos al público...». El héroe periodístico que «desenterró» un hecho tan bien escondido se llamaba esta vez Adrian Dannat. Cuando algunas personas de Londres (entre las que se encontraba el historiador norteamericano Greil Marcus) tuvieron la inocencia de interesarse por lo que podía leerse en «los documentos de la seguridad estadounidense», o por lo que el *Times* de Londres pudiera vomitar respecto a mí desde que lo compró Murdoch, y expresaron sus reservas, Dannat se limitó a asegurarles de que no se trataba más que de una fabricación «imaginaria, de una broma», y que podía demostrarlo afirmando que en el *Village Voice* no había aparecido nada semejante. *Libération*, por su parte, aseguraba: «Desde el *Village Voice* de

Nueva York, Scott Samuelson confirma que jamás ha leído en su semanario ningún artículo que hablase de vínculos entre Debord y la CIA». Nótese, pues, que Samuelson se muestra de lo más prudente y moderado sobre este aspecto de la cuestión. Y hasta *Libération* da la impresión de no aprobar una imputación no demostrada «contra un hombre al que ya le ha tocado más que su parte de difamación». Aquellos a los que solamente les ha tocado lo que este escrupuloso diario parece considerar su parte justa de difamación no son quienes han desagradado extraordinariamente a todo el mundo. Dejaré a mis lectores imaginar por su cuenta cómo se adquiere esa clase de mérito. Me he visto «bajo una luz completamente nueva» tantas veces y desde hace tanto tiempo, que creo haberme situado pura y simplemente por encima de toda calumnia —y mido mis palabras— por la sola variedad de los abusos acumulados. En cualquier caso, así me considero, con pleno derecho.

Cabe destacar en esta materia algunas técnicas precisas que en lo sucesivo están a disposición de todos los defensores de los valores de nuestra época. Un juego de espejos de ordenadores bien programados refleja al infinito las citas introducidas una sola vez en la máquina de la repetición. Cualquiera que pertenezca

a los sectores del empleo social responsable de la verdad, o al menos de la información, podrá relanzar la falsa noticia el día que le convenga, en cualquier diario de Singapur o de Bogotá, citando al *Times* de Londres o a *Libération*, o puede que incluso al *Village Voice*.

El otro hecho a destacar es que en lo sucesivo y en algunos casos, los periodistas tienen derecho a tomarse a broma su herramienta profesional. Un general, por ejemplo, no tiene derecho a gastar bromas a la cabeza de sus tropas, ni tampoco un juez cuando pronuncia sus sentencias, y ni siquiera sé si todavía le está permitido hacerlo, en el sentido estricto de la palabra, al responsable de una central nuclear cuando da a conocer sus directivas. Pero está literalmente fuera de duda que a un periodista no se le puede privar de ese derecho. Se trata de un asalariado muy especial, que no recibe órdenes de nadie, y que lo sabe todo acerca de todos los temas de los que quiera hablar. Es literalmente portador de toda la conciencia de la época en función de su deontología, a la que no podría traicionar sin una repugnante concusión. Si no tuviera derecho a gastar bromas, ¿qué sería de la libertad de prensa y, por consiguiente, de la propia democracia?

La pintoresca broma del *Times*, que quizá sea corregida algún día (al principio creímos que se trata-

ba de una broma, pero después nos dimos cuenta de que era precisamente de la verdad...), no oculta que, si «durante los primeros años de la I. S.», llegué a hacer algo tan francamente opuesto a mis gustos más notorios y proclamados en voz bastante alta fue por simple afán de lucro. Se diría que reaparece bajo otra figura la misma intención: confirmar que, antes de caer tan bajo, realmente no tenía mejores medios de procurarme recursos más honorables. Cabría decir que, con tal de «demostrar» que fui en una sola ocasión el mercenario de una mala causa, se está dispuesto a llegar a las bromas. Acepto el riesgo. No soy alguien a quien se podría conducir al suicidio mediante imbéciles calumnias, como Roger Salengro,⁷ y menos aún tengo un carácter al que le afectaría una revelación cualquiera que condenase cualquier cosa que hubiera hecho en realidad. Estoy convencido de haberlo hecho todo lo mejor posible.

7 (1890-1936) Ministro del Interior del gobierno del Frente Popular francés de 1936 que se suicidó pocos meses después de asumir el cargo a raíz de una campaña de calumnias atizada por periódicos de extrema derecha, y según la cual no había sido hecho prisionero por el ejército alemán en 1915, como él decía, sino que había desertado. (N. del T.)

EN SU edición de octubre de 1989, la revista *Critique* confió la tarea a alguien que firma como Laurent Jenny, que también está dispuesto a dar fe de que «el situacionismo ha pasado de megalómano a paranoico». La prueba es que en la actualidad desconfío de la mitad de mis lectores, con lo cual podría muy bien estar otorgando una confianza excesiva a la otra mitad. ¿Habrase visto cosa parecida? Así es cómo ha cambiado el mundo. «Allí donde la vida real debía dar paso a la falta de imagen de una práctica histórica, una conspiración llena de complots ocupa su lugar. En tanto fantasma de la tiranía, impregna todas las apariencias sociales sin aparecer nunca en primer plano.» Hasta tal punto se me escapa esa conspiración que parece haberme dejado sin nada más que decir, cosa que al sensible y moderno Jenny le recuerda «la polvorienta y vacía suntuosidad del universo de *El mar de las Sirtes* de Julien Gracq». El mediocre literato estaba tan encantado de haber dado con semejante filón argumental, con una fuerza de convicción tan brillante, que se aferró a la imagen hasta el final: «Desde los puestos avanzados de un almirantazgo perdido, Guy Debord

vigila a un enemigo tanto más infigurable cuanto que se identifica con la totalidad de las apariencias. Oteando el horizonte, descubre indicios imperceptibles, sin poder ofrecer nunca al prójimo pruebas lo suficientemente concluyentes. Por lo demás, ¿en quién confiar? ¿Acaso el enemigo no tiene ramificaciones hasta en el interior de la fortaleza encargada de vigilarle? ¿No debe el vigilante desconfiar en primer lugar de sí mismo? A falta de amigos fiables, consigna al papel reflexiones sin destinatario plausible. Sus *Comentarios* son de esos que se escriben al atardecer, en una húmeda sala de mapas, para matar el aburrimiento y la "desdicha de los tiempos". Las citas que se permite confirmar la austeridad de la biblioteca de que dispone: Clausewitz, Maquiavelo, Tucídides o Gracián (se trata de libros sobre los que place reflexionar en un exilio voluntario, tras una vida de intrigas cortesanas y de batallas perdidas). El propio estilo del vigilante se resiente de su exilio: obsesionado por detalles quizá insignificantes, ha ganado en frialdad clásica y en distancia altanera, pero también se ve constreñido a la reserva y al ardid por la omnipresencia de espías. Escribir no es para él sino otra forma de recorrer una orilla desolada disparando contra el infigurable enemigo los últimos cartuchos de la metafísica».

Por desgracia para él, este crítico no ha sabido leer la novela de Gracq. En *El mar de las Sirtes*, la espera termina con la invasión y la destrucción de la república de Orsenna, lo cual es indudable para cualquiera que la haya leído. En la última página, mientras camina entre las luces de la ciudad dormida, como en un teatro vacío, el héroe dice: «Sabía en adelante para qué se había levantado el decorado». Antes, a un tercio del final del libro, había evocado por adelantado la «pesadilla que surge para mí del rojo resplandor de mi patria destruida». ¿Será que alguien se olvidó de informar al ordenador de estos dos fugaces detalles? Hay que haber leído a Gracq en versión original.

EN NOVIEMBRE de 1989, en *Les Temps Modernes*, esta vez a través de la pluma de Marc Lebiez, se filosofaba como si en esa revista hubieran tenido aptitudes para hacerlo desde siempre. *La sociedad del espectáculo* merece su aprobación con veinte años de retraso: «Releída en la actualidad, fuera del contexto de la Internacional Situacionista, *La sociedad del espectáculo* demues-

tra ser una gran obra teórica, extremadamente inteligente y estimulante...». Hegel siempre gusta mucho menos cuando parece que regresan las revoluciones, y el «contexto de la Internacional Situacionista» era Mayo del 68. «Asombra que este texto filosófico... pudiera suscitar reacciones tan violentas como las de F. Châtelet, que habló de "exclure pura y simplement" "semejantes enunciados (que) desalientan de antemano toda crítica".» ¡Qué pena! Así que he perdido de forma tan veloz como lamentable la recentísima estima de estas excelentes cabezas hegelianas, que ahora me ven abandonar dialéctica y revolución al tener la inoportuna idea de describir el estadio de lo espectacular integrado o el gobierno paralelo de Andreotti. «Si la totalidad del mundo está invertida, entonces esa inversión se convierte en la única realidad y ya no se puede presentar como una falsificación.» Compruébese la fuerza del sofisma. Es como si me reprocharan haber dejado de ser heraclitiano porque Heráclito postuló el axioma según el cual «el lenguaje es lo común a todos», cuando en nuestra época ha sido completamente expropiado por quienes controlan en lo sucesivo su uso mediático. ¿Adónde iremos a parar? Pero, ¿habría que decirlo siquiera? «Cuando Tucídides ocupa el lugar de Marx», dice Lebiez, «el cambio también es político: Tucídides nunca ha pasado por

revolucionario.» Esta especie de demostración por una notoriedad previa carece de seriedad, igual que el resto. ¿Bajo qué perfil exacto nos aparecerá Tucídides en las luchas de mañana?

El 14 de noviembre de 1989, en el momento en que Gorbachov emprendía su peligrosa huída hacia delante, *Le Quotidien de Paris* escribía a través de la pluma del neofilósofo Jean-Marie Benoist: «Gorbachov verifica los análisis de Guy Debord». Así pues, en la línea de todo lo que hemos venido viendo, se me sigue suponiendo capaz de extraer otros recursos de mis competencias, en esta ocasión aceptando convertirme en consejero del tirano. E insinúa, además, que habría traicionado deliberadamente a mi cliente, ya que habría impulsado al imbécil a seguir una dirección que yo sabía con la más indiscutible certeza que le condenaba a perderlo todo en el plazo más breve. Desde hace varios siglos ningún buen analista estratégico puede ignorar que el momento más peligroso para un mal gobierno es precisamente aquel en el que se

propone reformarse, ni que las cartas a las que Gorbachov pensaba jugarse su suerte eran precisamente las más ilusorias de todas.

EN ENERO DE 1990, el número 12 de un boletín titulado *Les mauvais jours finiront...* volvía una vez más sobre su tema favorito. Se trata de la tribuna de un tal Guy Fargette, que parece muy al tanto de todo lo que hay que saber sobre la cuestión, y en especial de numerosos dossiers italianos. Presume de conocer no solo mis errores más trágicos, sino también de dónde proceden. Discierne desde siempre sus orígenes más remotos y sus consecuencias más seguras y funestas, así como sus intenciones más secretas. Fargette asegura que «G. Debord le ha jugado una mala pasada a sus admiradores. Del mismo modo que no supo nunca tomar el pulso del reflujo social después de 1968, en adelante no ve a nadie salvo él. Su tardío despertar ante fenómenos que llevaba treinta años ignorando le ha sumido en una ilusión bastante comprensible: las cosas le parecen todavía más terribles de lo que son en realidad. Pero al perderse en la descripción fascinada de los procedimientos del poder (que fueron inventados en

Europa central durante el período de entreguerras, y a veces incluso antes de la Primera Guerra Mundial), se hunde en un derrotismo tan escandaloso como ilustrativo del sentido de toda su actividad. La *Encyclopédie des Nuisances*, al responder como quien no quiere la cosa a mi nota del número 9 de *Les mauvais jours...*, sostiene que lo espectacular-integrado describe una situación de burocratización triunfante. Sin embargo, la "teoría del espectáculo" de los años sesenta excluía por principio semejante eventualidad histórica. Al volver sobre ello sin explicarlo, la teoría situacionista franquea el umbral de su desintegración. La posición de Guy Debord es todavía más inconsecuente: nunca se ha visto a un "revolucionario" (es decir, a gente que pretende serlo) describir la contrarrevolución declarándola victoriosa de antemano. Esta peculiaridad se encuentra estrechamente ligada al estilo de G. Debord, ya que se asienta en un tono de "profecía autocumplida". Su trayectoria aparece necesariamente como un deseo de advenimiento de la catástrofe.

»Su actitud es conforme a las palabras del comandante Schill, héroe de la insurrección fracasada contra Napoleón en 1809 y fusilado algún tiempo después: "Más vale un fin en el horror que un horror sin fin". Uno de los pasajes de otro libro reciente de G. De-

bord, *Panegírico*, tomo I (1989), describe asaltos militares desesperados con reveladora admiración nihilista. Está claro que la catástrofe histórica constituye para él una revancha secreta contra una humanidad a la que ha comprendido de forma muy aleatoria. La atención que otorgaba a la expresión de las emociones para insuflar vida a los actos y las palabras ha degenerado en un irracionalismo morboso».

EL NÚMERO de la revista *Globe* de febrero de 1990 consigue establecer que me alojo «de forma casi clandestina, en un bonito edificio burgués situado en el corazón de París», en la rue du Bac, además de varios hechos anexos de los que, con su ingenio habitual, hace los usos más sintomáticos. «El cofundador de la Internacional Situacionista, el *enragé* de 1968, vive en la actualidad días apacibles en su cómodo apartamento de la tercera planta, cuya puerta ha sido recientemente blindada, y que se mantiene eternamente cerrada. Guy Debord es, a todas luces, un hombre misterioso. Aquellos con los que se ha enemistado no

quieren hablar.» Se complacen en concluir que vivo días apacibles, aburguesados incluso, pero evocan algunos indicios de la violencia del pasado, y ante todo que quienes se comprometieron conmigo en otros tiempos no se sienten autorizados a hablar. André Breton se vio expuesto con frecuencia a los falsos testimonios de surrealistas auténticos arrepentidos de todo lo grande que habían hecho. Nada semejante sucede en este caso. De lo contrario, ¿de qué serviría ser un hombre misterioso? No han encontrado, pues, a nadie dispuesto a arriesgarse. En otros tiempos, dos o tres impostores submediáticos pretendieron haberme conocido, pero como es natural no tenían nada que contar. Por mi parte, yo no tenía nada que responderles, pues me reservaba para perjudicar a uno auténtico que se atreviera a probar suerte algún día. Ninguno de aquellos cuyos nombres aparecieron en *I. S.* ha revelado nada claramente desde entonces. Ya se sabe lo que suele suceder con las preferencias de mucha gente una vez transcurridos veinticinco años. Pero conviene recordar que hasta en la *I. S.* pura de 1967, había ya dos provocadores infiltrados, puede que tres.

«De todas formas, nadie —o casi nadie— conoce su dirección. Guy Debord no se esconde: rehúsa.» Podría decirse así. Y *Globe* también ha podido ente-

rarse de que entre julio de 1957 (Conferencia de fundación de Coscio d'Arroscia) y 1969, la I. S. nunca contó «con más de setenta miembros. Cuarenta y cinco de ellos fueron excluidos», y algunos más fueron obligados a dimitir. Se trata, por tanto, de más de la mitad de los efectivos. ¡Qué desprecio por los Derechos del Hombre! Pero también es más fácil, teniendo en cuenta a un equipo tan fino, prever que todo el mundo preferiría mantener limpia su propia nariz. «En 1957, Debord anunció el fin del cine con su película *Hurléments en faveur de Sade*, en la que se ve una secuencia de veinticuatro minutos durante la cual la pantalla permanece en negro.» Lo hice incluso un poco antes, y la demostración tuvo que esperar cinco años más, ya que, a decir verdad, la horrible hazaña había ofendido en el año 1952. ¿Acaso el propio título no bastaba para poner de manifiesto la mentalidad de una juventud siniestra? Lo que sucedió después no desmereció. «En la actualidad, Guy Debord no tiene teléfono y declara como residencia principal su granja de Bellevue-la-Montagne, donde pasa algunos meses en verano.» Si pretendo fijar allí mi domicilio es porque entre las numerosas residencias en las que he repartido mi tiempo durante los últimos veinte años, esa es la más antigua y, en lo tocante al conjunto de

ese período, la que estuvo ocupada relativamente más a menudo.

«Sigue casado con Alice Becker-Ho, diez años más joven que él. Sigue bebiendo mucho y declara muy pocos impuestos.» Todas estas buenas nuevas tienen muy poquito de sorprendente: ya se sabe que los únicos que pagan muchos impuestos son los asalariados.

EN SU libro *L'Étonnement du voyageur* (Gallimard, 1^{er} trimestre de 1991), Claude Roy habla un poco de mí. Dice que «Guy Debord es alegremente megalómano». También dice que pronto hará veinte años que él mismo escribió que reconocía en mí a un «cabeza dura»⁸ en todos los sentidos de la expresión. No ha dejado de demostrarlo, quizá de forma más evidente por lo que ha rechazado que por lo que propone». Ya se sabe que él y la totalidad de su entorno nunca han dejado de

8 En francés *fort tête* designa tanto una cabeza «bien amueblada» como testarudez. (N. del T.)

demostrar que tenían la sesera reblandecida, evidentemente también quizá por todo lo que han aceptado creer y seguir ellos mismos como por todo lo que han propuesto creer y seguir a los demás.

Nunca imaginé que mis excesos podrían atraerme las simpatías de esta gente. Rehúsar es vejatorio. Réhúsar es de megalómanos. ¡Ah, qué pretensión tan malsana! ¡Rehúsar! Las racionalizaciones paranoicas no deben de andar muy lejos. «Por lo demás, Debord nunca ha tenido más poder que el del estilo.» Y no todos los días, además. Este hombre comedido y de buen gusto, que durante tanto tiempo hizo sus delicias de las deslumbrantes verdades de Mao y de Stalin, me vio llegar una vez al «galimatías desolador». En 1967 desvié dos breves pasajes de Hegel en *La sociedad del espectáculo*, y esta licencia, que tanta estima me ha granjeado por parte del señor Marc Lebiez, Claude Roy me la sigue reprochando ásperamente veinticinco años después. Declara sin ambages: «Consiento con mucho gusto en que se me trate de viejo imbécil a lo Boileau, pero estoy convencido de que “lo que bien se concibe, bien se expresa”, y cuando Debord, en lugar de limitarse a ser difícil, un derecho que tiene todo pensador (y a veces la obligación) resulta pura y simplemente macarrónico, me temo que el concepto sea

tan farragoso como el estilo». ¿Quién sería tan injusto como para tratar a Claude Roy de «viejo imbécil»? En su caso el tiempo no tiene nada que ver.

EN LA PRIMAVERA DE 1991, una revista que lleva el glorioso título de *Maintenant, le communisme* se propuso abordar por fin la necesaria «crítica de la I. S.»: «La I. S. ha difundido suficientes ilusiones y mitos a su alrededor para presentarse como el punto de referencia obligado de la teoría crítica. No se trata de superarla en el sentido en que lo entendía, en pleno pastiche hegeliano, el artículo inicial del número 12 (“Ahora estamos seguros del resultado satisfactorio de nuestras actividades: la I. S. será superada”). Si bien la I. S. sigue siendo un movimiento importante en muchos aspectos (crítica del espectáculo, de la noción de rol, del urbanismo, etc.), de comunista no tiene nada. [...] Así pues, pese a que los obreros no se convirtieron en dialécticos, los sucesos de Mayo del 68 fueron la ocasión histórica de la I. S., que esta supo coger al vuelo. [...] La denuncia de la sociedad mercantil nunca ha sido un monopolio de la I. S.». ¿No será que han sobreestimado un poco más de la cuenta a esa turbadora I. S.?

A mí me parece que más bien fui yo quien condujo, veinte años antes que ellos, a la I. S. a la disolución, y también quien escribió: «Que se nos deje de admirar...». Por su parte, ellos masperizan: «¿Quién habla de “admirarte” Debord?». Anuncian para dentro de poco, a partir del próximo número, una desmistificación que se había hecho esperar demasiado: *Contra Debord: la magia situacionista no constituye la teoría revolucionaria de nuestro tiempo.*

EN EL invierno de 1991, Serge Daney señalaba en la revista *Trafic* que en el festival de Taormina, donde se presentaron en banco para titular algunas imágenes sacadas de mis películas (a falta, afortunadamente, de haber podido disponer de copias de esas películas desaparecidas), «se consagró una sesión a Guy Debord y se pronunciaron doctos discursos. La escena no tardó en volverse rápidamente digna de Moretti cuando en la sala alguien comentó que nadie, ni siquiera los contertulios, había visto las películas de Debord. Era casi cierto».

Admito que en mi estética negativa siempre ha habido algo que se complacía en llegar hasta la aniquilación. ¿Acaso no era algo muy representativo del arte moderno? Cuando se «anuncia el fin del cine» desde hace tanto tiempo, ¿no hay cierta coherencia en hacer desaparecer las películas? Sin duda hay que ver en ello una modalidad de éxito de naturaleza poco habitual. Creo que nunca habría impresionado a nadie de no ser por esa sinceridad tranquila y segura de sí misma.

EN LAS MEMORIAS DEL señor Gérard Guégan, tituladas *Un cavalier á la mer* (F. Bourin, enero de 1992), abundan fabulosamente las revelaciones. Pretende hablarnos de su vida. Todo le lleva a pensar en mí. Y cada vez que piensa en mí, yo me equivoco. El secreto mejor disimulado bajo esa falsa retórica de la indignación personal es que yo solo he visto al señor Guégan una vez, en la época en que fue empleado de mi editor. Ese fugaz instante le ha permitido elaborar un falso testimonio, muy representativo de su estilo, sobre mi primer encuentro con Lebovici, durante el cual estuvo realmente presente, pero que no se pareció en nada a como él lo cuenta: «Debord pidió una cerveza y nosotros unos cafés. Su plan era de lo más sencillo. Dado que Buchet-Chastel no aseguraba a su libro el renombre que merecía, consideraba concluidas sus obligaciones con esta editorial y en consecuencia nos autorizaba a reeditarle. Se trató ni más ni menos que de un acto de piratería, pues para romper un contrato

hace falta ser dos. Gérard Lebovici aceptó el principio por bravata».

El tal Guégan siempre dispone las cosas de acuerdo con intenciones muy instructivas y oculta sobre todo lo esencial. El editor Buchet, al que el éxito de *La sociedad del espectáculo* se le había subido bastante a la cabeza y que quizá creía que así podría rentabilizarlo un poco más, agregó a la tercera o cuarta tirada del libro, sin mi conocimiento, un falso subtítulo que pretendía indicar que se trataba ni más ni menos que de «la teoría situacionista». En cuanto apareció ante mis ojos un ejemplar así masperizado, escribí a Buchet (admito que de forma un poco conminatoria) informándole mediante una simple carta certificada de que ya no era mi editor. Lebovici se enteró y se ofreció enseguida a reeditarme. Por tanto, al igual que mis motivos para actuar habían sido de lo más serios, aquel día yo no tenía nada que pedirle. Sabía que la única debilidad de mi posición obedecía al enojoso detalle de que pretendía hacerme justicia yo mismo, pues me repugnaba trasladar al terreno de los vulgares pleitos judiciales un conflicto de principio tan evidentemente superior.

Quisiera señalar, por lo demás, que ya en el primer tomo de mi *Panegírico*, publicado en 1989, me

expresé en términos explícitos sobre la libertad con la que me he conducido: «Si salió bien fue porque nunca he acudido en busca de nadie, en ningún lugar. Mi entorno ha estado compuesto solo por quienes se acercaron por sí mismos y supieron hacerse aceptar. Ignoro si en esta época ha existido otra persona se haya atrevido a comportarse como yo». Esa constatación bastaría por sí sola para demostrar que la escena imaginada por Gérard Guegan era imposible. Esta es otra prueba más de la gran utilidad de un libro que yo había destinado precisamente a restablecer la completa verdad acerca de muchas circunstancias poco habituales de mi conducta, pero que no obstante se mencionan muy rara vez.

Así pues, ese fue el día en que Gérard Lebovici, seducido desde el primer momento por el estilo del golfo y negándose a tener en cuenta ninguna otra consideración, se internó por la senda del crimen, que tan lejos le llevaría después. Para defender su mala causa, Buchet hizo secuestrar de forma cautelar la edición de Champ Libre. Cuando se celebró el proceso, los jueces de París, que todavía recuerdan el ridículo que hicieron al condenar a Baudelaire y a Flaubert, y que desde entonces detestan quitarle la razón a los autores, concluyeron, en vista de la gravedad del incumplimiento

de Buchet, que su contrato había quedado rescindido desde el instante en que recibió mi carta certificada, y el título siguió durante mucho tiempo en manos de Lebovici, incluso después de su muerte. Esto es, por tanto, lo que ocurrió, y es de admirar el arte que despliega Guégan para tratar de dejarme en mal lugar, cuando quizá no haya estado más justificado en toda mi vida. Creo que no mintió cuando dijo que bebía cerveza en ya no recuerdo qué café.

El señor Guégan parece orgulloso de haber conocido en el estalinismo la única especie de grandeza a la que alguna vez cree haberse aproximado, y en cualquier caso sabe demostrar que retuvo sus lecciones lo mejor que pudo para simplificar con desenvoltura la historia de la Internacional Situacionista: «Yo conocí el estalinismo en su formato gigante. ¿En qué iba a tentarme la versión mezquina de un Debord? Y en el entorno de Debord no faltaban los Boudarel...».⁹ «Enseguida se impuso como su único líder, y todos los que pensaban que el arte no había muerto con Dadá

9 George Boudarel: militante del PCF que fue acusado de complicidad con la tortura de presos franceses durante su actuación como comisario político en los campos de prisioneros vietnamitas durante la guerra de Indochina. (N. del T.)

abandonaron, desconcertados o asqueados, una organización que a partir de ese momento funcionó como cualquier otro aparato político, con su catecismo y sus exclusiones. Con todo, por haber leído, aunque fuera muy por encima, a Stirner, Cravan y Castoriadis, los situacionistas desplegaron en varias ocasiones cualidades analíticas de las que carecían sus competidores...» «Me sinceré al respecto con Jacques Baynac, que se acordó de ello cuando el conflicto con Lebovici terminó con nuestra dimisión colectiva, que transformamos en despido económico, pues a diferencia de Guy Debord, que tiene un cuñado anticuario en Hong Kong, nosotros no contábamos para mantenernos más que con nuestros escasos salarios.»

Da la casualidad de que no tengo un cuñado anticuario en Hong Kong. Pero en fin, diría Guégan, ¿por qué no? Y si lo tuviera, ¿no es evidente que sería culpable? ¿Quién ignora los inmensos tráfico que pasan por Hong Kong? ¡Se bromea al respecto hasta en el BERD!¹⁰ Por lo demás, basta con que alguien sea rico

10 El Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (BERD) es una institución financiera fundada en enero de 1990 con el objetivo de favorecer la transición de los Estados ex-comunistas de Europa Oriental a la economía de mercado. (N. del t.)

para que la envidia contemporánea deduzca matemáticamente que yo tasaría su amistad con el impuesto ordinario, y ya de paso con los extraordinarios. ¿Para qué privarse? Al fin y al cabo, nadie desconocía lo que yo pensaba del dinero ni podía esperar hacer buenos negocios conmigo.

Acabo de ver que en la actualidad se habla de financieros italianos que al parecer se vanaglorian de conocerme. ¿Y a qué precio? Pero, ¿qué no se habrá dicho ya de Gianfranco Sanguinetti?¹¹ Y mucho más extraordinariamente, del estalinista Giangiacomo Feltrinelli, por el que sin embargo rehusé ser editado en términos injuriosos.¹² Nunca he detestado a los ricos por el solo hecho de serlo; bastaba con que supieran comportarse con suficiente tacto y estilo. ¿No habría sido mucho más reprochable que hubiera parecido que la riqueza de tal o cual individuo me había im-

11 Gianfranco Sanguinetti. Miembro de la Internacional Situacionista, autor de *Del terrorismo y del Estado* y coautor con Debord del documento de disolución de la I. S., *La verdadera escisión en la Internacional*, de próxima aparición en Pepitas de calabaza. (N. del T.)

12 Dicha polémica está recogida en el volumen *Internazionale Situazionista. Textos completos de la sección italiana de la Internacional Situacionista* (1969-1972), publicado por esta misma editorial. (N. del T.)

presionado, haciéndole pensar que por ese solo detalle podría influenciarme o simplemente levantarme un poco la voz? Yo creo que se dieron perfecta cuenta de que no. En todo caso, es lo que yo he pensado continuamente, y he obrado en consecuencia, como debía. Nunca he sido rico, y tampoco me he tenido que considerar como alguien necesariamente pobre. Nada está garantizado jamás. «El tiempo se había salido de sus goznes»,¹³ por decirlo en términos shakespearianos, y esta vez lo había hecho en todos los ámbitos sin excepción: en la sociedad, en el arte, en la economía, incluso en la forma de pensar y de sentir la vida. Ya nada tenía medida. Por encima de todo he sido alguien de esta época, pero no he compartido sus ilusiones. Me jacto sobre todo de haber razonado según el principio «a caballo regalado no se le mira el diente». He practicado el *potlatch* con suficiente grandeza como para no inquietarme por unos cuantos excesos de delicadeza.

Dentro del cuadro de conjunto, el distinguido Guégan menciona otro detalle verídico, allí donde dice, pero sin hacer comentario alguno: «En la actualidad tiene sesenta años». Sería muy inverosímil que reconociera en ello algo raro y admirable. Quizá com-

13 *Hamlet*, v. I. (N. del T.)

parta la opinión de Balzac sobre las reflexiones que puede llegar a inspirar un «ladrón consumado que ha roto con la sociedad desde hace mucho tiempo, que quiere seguir siendo ladrón toda la vida y que al menos se mantiene fiel a las leyes del hampa superior... ¡Qué confesión de impotencia para la justicia que haya ladrones tan viejos!».

EN ABRIL de 1992, el número 15 de la *Encyclopédie des Nuisances* (director de la publicación: Jaime Semprun, 20 rue de Ménilmontant, Paris 20^e), ofrecía bajo el título *Compendio* una especie de conclusión general sobre la Internacional Situacionista, o más bien, sin esperar más tiempo a contemplar las cosas con mirada desengañada, sobre mis propias aventuras.

«Este hecho obliga a buscar el obstáculo al desarrollo de la teoría situacionista en su origen, en la valoración del cambio permanente como motor pasional de la subversión, en la idea de la riqueza infinita de una vida sin obra y el consecuente descrédito lanzado sobre el carácter parcial de toda realización positiva.

Hablar a ese respecto de error sería fútil, porque ante todo hay que ver que ese "error" era inevitable, dado que venía impuesto por las necesidades de la negación del arte y de la política. Ese trabajo de demolición, con la valoración consecuente de una vida consagrada a lo efímero, fue históricamente necesario y correspondió plenamente al genio personal de Debord. [...] En realidad, el "fin de los situacionistas", "la participación inmediata en una abundancia pasional de la vida" mediante la transformación de momentos efímeros conscientemente dispuestos (Debord, «Tesis sobre la revolución cultural», *I. S.* n.º 1, junio 1958) se alcanzó, sin duda, pero solo en la persona de Debord, en tanto aventura individual brillantemente conducida y reafirmada frente a la debacle colectiva de la *I. S.* [...] Sería más interesante y concreto explicar, no por qué fracasó la *I. S.* (si nos mantuviésemos a este nivel de generalidad, podríamos conformarnos con incriminar la debilidad del movimiento social en su conjunto), sino por qué, entre todas las formas de fracasar posibles, lo hizo *de esa forma concreta*. Se trata de algo tanto más digno de atención por cuanto la *I. S.* logró efectivamente evitar el fin habitual de las vanguardias: el envejecimiento confortable [...]. De hecho, la justificación histórica válida de la disolución de la *I. S.* fue, como la de muchas de las exclusiones previas, que consti-

tuía una medida defensiva obligada en la posición a la vez muy débil y muy expuesta en la que se encontraba en los años 1970-71. Era la mejor forma de limitar los daños. Era preciso *descolgarse*, rápido y bien, so pena de acabar de forma vergonzosa. Pero, ¿cómo se había llegado ahí? [...] No cabe duda de que Debord pretendió sinceramente convertir a la I. S. en la organización antijerárquica y democrática que decía ser: sus intervenciones de 1966 a 1972 dejan claro que no buscaba en modo alguno perpetuar su preeminencia —más bien al contrario— y que había comprendido mejor que nadie lo que estaba en juego en ese momento. La explicación de su fracaso en este aspecto debe, por tanto, buscarse en el carácter mismo de su genio, tal y como lo había formado su historia singular, y en la relación inestable de ese “elemento activo que pone en movimiento acciones universales” con las propias condiciones cambiantes en las que se ejerció. [...] Esta perspectiva, de la que aquí solo tratamos de ofrecer algunos elementos, permitirá también considerar en sus justas proporciones dos hechos que hasta ahora lo habían impedido, petrificando a la I. S. en un pasado admirable: por una parte, el hecho de que el propio Debord lograra transformar de manera bastante notable la parte de éxito histórico de la operación colectiva de la I. S. en envite *individual* (es decir que lograra,

en sus propias palabras, “dejar de ser una autoridad tanto en la contestación de la sociedad como dentro de la propia sociedad”), y por otra, el hecho de que, en función de ese “triunfo” personal indudablemente original —un poco como si tras la Comuna y el hundimiento de la Primera Internacional, Marx hubiese escrito unas *Memorias de ultratumba* propias—,¹⁴ Debord haya tendido a minusvalorar retrospectivamente la parte de fracaso de la I. S., que sin embargo él acusó más vivamente que nadie en su momento...»

No sé lo que se pretende descubrir con semejantes consideraciones amargas. Siendo yo como era, de mí no podía haber salido nada muy distinto. No digo que otros no hubieran podido obtener mejores resultados, sino que a mí sin duda me habrían convenido menos. Por lo demás, es posible que la I. S. ganara más con algunos de mis increíbles defectos que con varias de mis cualidades más corrientes. Las aventuras humanas tienen que desplegarse a partir de lo que hay. La estrategia, como todo el mundo sabe, se vuelve mucho más sencilla cuando la hora de las opciones ya ha pasado. Califiqué los años setenta de «repugnan-

14 Chateaubriand escribió las *Memorias de ultratumba* como un monumento autobiográfico a sí mismo. (N. del T.)

tes» precisamente a cuenta de la destrucción de París. No hay que deducir nada más universal sobre lo que pensaba de esa época: dije ante todo que ya no estaba en París.

¿De qué talentos imprescindibles careció a veces la gente que tuvo el mérito de estar allí? En los últimos años, se ha visto a un solo desinformador ejercer la más ridícula influencia sobre esta doctísima *Encyclopédie*. Quien sabe vivir reconoce enseguida a un desinformador, aunque solo sea fijándose en sus temas favoritos, y podrá prever de forma experimental en qué razonamientos se le podrá hacer caer fácilmente acto seguido, porque las máquinas obedecerán siempre a las mismas leyes mecánicas (por supuesto, aquí solo me refiero al desinformador desestabilizador, que actúa para defender ciertos intereses, pues el desinformador que permanece en estado latente resulta, por eso mismo, indetectable durante todo ese período). Se trata de un ámbito en el que el error, incluso fugaz, no es permisible, pues puede llegar a ser mortal. Por tanto, hay que desplegar en él un cierto arte, quizá el último que sea necesario practicar. En cualquier caso, a la I. S. no le faltó.

EN LA misma revistilla *Actuel*, que en mayo de 1992 aún seguía apareciendo, Bizot desbarra lo mejor que puede. «Acabemos con Guy Debord y con su moda reiterada. Aunque Debord escriba como el cardenal de Retz, no previó forzosamente lo que hoy encontramos en su obra. ¿Por qué se ha mantenido al margen y de forma casi premonitoria? En la época de Retz uno podía acabar encerrado. En la actualidad, Debord se ha encerrado él mismo. Además, desde que Champ Libre, su editor, tiene problemas, sus libros ya no se encuentran. Debord los ha retirado de la circulación.»

No hay «moda reiterada» en lo que a mí se refiere: he disgustado de forma muy constante y muy natural. No escribo como el cardenal de Retz. Preví forzosamente lo que iba a figurar en mi «obra» antes de escribirla, porque quería que fuese un desagradable retrato de la sociedad actual, y la semejanza ha sido reconocida. No me he «mantenido al margen» a partir de una determinada fecha. Nunca me he dejado convencer, o abordar siquiera, por aquello que me ha repugnado, con el pretexto único y de mala ley de que era lo que se hacía ordinariamente. No me he «encerrado» desde ningún punto de vista; más bien he llevado más

allá mi juego. Los únicos problemas que tuvo en 1991 mi editor, Lebovici, se los causé yo. A raíz del cambio generacional en la propiedad de la editorial, retiré mi confianza a la familia Lebovici haciéndoles saber que, en cualquier caso, iba a dejarles. Ellos se vieron rápidamente abocados a concluir que no les quedaba otra opción que entrar en liquidación. Hice triturar todos mis libros, pues no quería dejar a gentes sospechosas extraer un provecho en forma de prestigio del solo hecho de parecer que seguían vinculados a mí, y menos aún que encontraran en ello ocasión de seguir manipulando sumas incontroladas: me parecería que el mundo estaba demasiado escandalosamente del revés si acabase dejando que unos burgueses se envalentonasen hasta el punto de soñar con robarme. Cuando «mis libros ya no se encuentran», como se exaltaba precipitadamente el imbécil de Bizot, lo más lógico sería deducir que no es probable que sea por mucho tiempo.

EN *LETTRES françaises* de octubre de 1992, el escritor Morgan Sportès, sin duda mejor instruido que mu-

chos otros sobre los asuntos de esta época, parece partir del núcleo de la cuestión, y además no pronostica nada bueno: «Afirmar el propio yo en un mundo en que todo conspira para liquidar las identidades es en sí mismo un acto de lo más saludable, y la prope-
dética de toda revuelta auténtica. Decir “yo”. Se trata de un individuo excepcional, al menos en la so-
ciedad francesa. [...] ¿No sería urgente “pleyadizar”¹⁵ a Debord? ¿No es urgente disecarle, momificarle, ahora que del otro lado del telón de acero se han desmoronado los regímenes (véase *La sociedad del espectáculo*) que el propio Debord consideraba como los adversarios o pseudo-adversarios más útiles para el orden capitalista, dado que se apropiaban espectacularmente de su negación? [...] El situacionismo tiene necesidad de su antídoto: los “pro-situs”. Pues el Poder (tal como se ha instaurado a escala mundial, reducido al corral de una “aldea planetaria” mediatizada) quiere tener en su mano todas las bazas y entronizarse tanto a sí mismo y a aquellos que harán de aliados, como a aquellos que harán de enemigos. A los demás —a

15 *La Pléiade* es la colección más prestigiosa de clásicos literarios franceses, y lo cierto es que sus responsables llegaron a considerar durante algún tiempo la posibilidad de publicar a Debord. (N. del T.)

los *outsiders*, a las ovejas negras, a los inasimilables (aunque sean los iluminados islamistas)— los sofocará con su silencio o sabrá “escenificar” perfectamente su destrucción ante la mirada de las cámaras y el ojo pasivo del ciudadano-espectador y el telespectador entre otros...». Es posible que en varios aspectos el pesimismo de Morgan Sportès esté justificado. ¿Y qué es lo que habría que pensar al respecto? Sé que la mayoría de las veces, tras el reproche más bien delirante de escribir como los clásicos se encontraba la envidia por haberlos leído y haber gozado en ocasiones de la libertad de razonar como ellos («nada me afecta que no esté en mí; se muere igualmente por doquier»)¹⁶

«La vida es breve, todos tendremos que desaparecer un día», dijo oportunamente el presidente Mohamed Boudiaf, asesinado en el mismo instante en que terminó de pronunciar dicha frase en Annaba, el 29 de junio de 1992. Esa clase de constataciones siempre ha sido verdadera; solo han adquirido un sabor de más viva intensidad a partir de la catastrófica disolución del orden existente, en un número de Estados que se incrementa cada vez más en el momento en que escribo.

16 Cita de las *Memorias del cardenal de Retz*. (N. del T.)

EN *La Croix*¹⁷ (modernizada) del 11 de octubre de 1992, Michel Crépu agita el hisopo para poner en guardia contra una peligrosa impostura, quizá la primera que le haya chocado desde que existen Concilios: «Quienes abran por primera vez estos dos libros no sabrán que antes de convertirse en profeta a su pesar, Guy Debord fue una de las figuras más originales del movimiento situacionista de los años cincuenta, última ramificación de la aventura europea de las vanguardias, tan apasionante como desconocida. Y no lo sabrán porque a la editorial Gallimard le ha importado un bledo hacérselo saber. Su objetivo es otro. No se trata de dar a conocer a un autor, sino de relanzar la carrera de un profeta». A mí me parece que de lo que se trata sobre todo es de la prosecución de esas incansables investigaciones, llevadas a cabo con el empeño y la buena fue que ya conocemos, para descubrir en qué trabajo en realidad: así pues, me dedico a hacer

17 «La cruz» en francés. (N. del t.)

de profeta (entiéndase, claro está, de falso profeta) y puede que «a mi pesar». De ser así, ¿para complacer a quién? ¿Acaso no es evidente? El aventurero venal ya se sabe, siempre ansioso por implicarse en nuevos asuntos turbios, tanto por el gusto del juego como forzado por la necesidad de saldar sus inmensas deudas. También sabemos, con la misma nitidez, que Antoine Gallimard pretendía al mismo tiempo «relanzar la carrera de un profeta»: no será difícil entender con qué medios fundamentales habrá embelesado a este falso autor. El beneficio añadido, para Crépu, es hacer olvidar por un instante que yo «profetizo» acerca de un presente indiscutible, y que ya era así en 1967.

«¿Qué dice el oráculo para hacer cristalizar en torno a su persona esa fascinación que se reconoce en la proximidad sagrada del fuego divino?» Crépu haría mejor en vigilar su vocabulario, que huele demasiado a sacristía.

«En pocas palabras, una sola cosa nada más: que en lo sucesivo todo está sometido a la ley de lo “espectacular integrado”. Comprendamos simplemente que en adelante ya nada escapa a una técnica de gobierno de los seres y de las cosas completamente regulada por una especie de *one humanity show*. Fuera del espectáculo, donde todo se resume y se anula, no hay

salvación. Reconozcamos que lo que acude al molino de Guy Debord no es agua, es un torrente.» Pero no por eso vayamos a caer en el exceso. Bien se ve que los cristianos reciclados según este módulo no van a ser unos Bloy ni unos Bernanos. Lo conciliar fue el nombre de su propio «espectáculo integrado». Se sumaron con orgullo a la democracia espectacular, pues los ojos de la fe les enumeraron sus maravillas.

«A esta glacial constatación de una alienación generalizada, nos atrevemos a hacerle no obstante una primera salvedad: no es la primera vez, desde luego, que un escritor pretende ver mejor que todo el mundo en qué clase de galera cada cual se aferra a su remo. Lo que deja estupefacto, lo que causa aflicción, es que no se encuentre nada que oponer a una actitud intelectual que propone un principio de radicalidad en la interpretación del mundo que elude a priori lo que define sin embargo toda experiencia auténtica de pensamiento: la incertidumbre, el cuestionamiento infinito.» El Tartufo de Crépu pretende hacer creer que reconoce esa «experiencia auténtica de pensamiento: la incertidumbre, el cuestionamiento infinito», en la conducta efectiva del espectáculo, conducta en todo momento desastrosa y sin retorno, que abarca la producción económica y su transformación total, la

contaminación planetaria y el desastre de la salud pública, la sustitución del lenguaje por los ordenadores, más controlables, y por último, la de la especie humana por otra mejor adaptada; en resumen, en todo lo que se decide y se ejecuta en la actualidad.

«Y además, en fin, ¿cómo aceptar la vieja equivalencia ontológica (¡que tantos estragos ha causado ya!) que Debord sostiene entre la negrura totalitaria del imperio nazi-estalinista y la de “América” (entendamos por tal el conjunto de las sociedades liberales), que solo estaría “atemperada por los derechos del hombre”. En este caso los hechos también militan a su favor; pero también en este caso, sin embargo, falta lo esencial. Existe una historia de la democracia, vía Tocqueville, que está ausente en el señor Debord.» Crépu masperiza mi cita. Yo había dicho que lo espectacular-integrado unificado mundialmente es «la libertad dictatorial del Mercado, atemperada por el *reconocimiento* de los derechos del hombre *espectador*». Nótese, además, cómo en Crépu los hechos se oponen al espíritu, que es superior a ellos. Reconoce que los hechos militan a mi favor, y no se trata de minucias interpretadas quizá de forma abusiva: se trata de hechos de una decadencia descomunal y terrible. Aún así, en lo que a esos pobres hechos se refiere, «falta lo

esencial». Lo esencial no puede residir sino en los valores de un Espíritu Santo espectacular, o hasta absolutamente democrático-espectacular. Tartufo-Crépu nos instruye: si para salvaguardar los valores liberales hay que recurrir a técnicas totalitarias, ¡por eso que no quede! ¿Y a razonamientos de tipo totalitario? ¡Faltaría más!

La historia real de la democracia, que es en efecto muy frágil, no pasa por Tocqueville; pasa por las repúblicas de Atenas y de Florencia, y por los momentos de revolución de los tres últimos siglos. Lo que reunió en torno al legado intelectual de Tocqueville el pensamiento de la búsqueda ostensible de una defensa de la libertad fue la victoria de la contrarrevolución totalitaria en Rusia, y algunas de las intenciones aparentes de combatirla. Tocqueville no aseguró en vida que la libertad fuera a tener de veras un lugar en las futuras sociedades liberales. A mí Tocqueville me gusta en tanto autor de los *Recuerdos* de la revolución de 1848, cuyas debilidades supo ver tan bien. Por lo demás, fue un hombre que se apasionó mucho por la mejora de las prisiones.

Una vez cumplida lo esencial de la tarea que le prescriben sus responsabilidades paravaticanas, a Crépu ya no le queda sino concluir con bromas muy

sosas, como si pretendiese borrar un poco la horrible seriedad de su prestación. «Guy Debord ha escrito una *Apologética* invertida de la soledad frente a las ilusiones de la comedia: no le falta brillo; es un hermoso señuelo llevado hasta las últimas consecuencias. En el fondo es un espíritu religioso. Aspira a la inmortalidad, por eso pone tanto pundonor en no corregirse. ¿Acaso no está maduro para la Academia?»

EN *LIBÉRATION* del 15 de octubre de 1992, Arnaud Vivant escribió: «En la universidad nos recomendaron leer muchas cosas, pero nunca a Guy Debord, como si el libro y su autor todavía quemasen. Es cierto que durante “el largo invierno de los años ochenta”, estuvimos a menudo en manos de ex revolucionarios desamparados y afligidos porque les había salido mal la gran jugada del 68 y que, de forma semi-inconsciente, nos profesaban ante todo el humor de un fracaso. Tras abandonar el *alma mater* y sus desencantos ideológicos, políticamente horripilados pero constreñidos por la vida misma a tomar posición, volvimos

a pensar en el libro de Guy Debord. Pero, ¡ay!, había desaparecido del mercado: costaba encontrarlo o estaba agotado. *La sociedad del espectáculo* acaba de ser reeditada por Gallimard».

La historia es encantadora, decente, melancólica y hasta verosímil. Pero es falsa, naturalmente. *La sociedad del espectáculo* ha estado presente en el mercado parisino y se ha vendido de forma constante durante veinticinco años, con una nueva tirada aproximadamente cada dieciocho meses (con una sola interrupción de varias semanas en 1971, cuando Buchet hizo secuestrar la edición de Champ Libre, y de un año como máximo cuando suprimí la edición de Lebovici antes de que Gallimard la reeditara). A todo el mundo le estaba permitido leerla, incluso a los periodistas; estos últimos solo debían abstenerse de hablar de ella en el seno de su actividad profesional, no con sus amigos. Una de las múltiples utilidades del espectáculo consiste precisamente en orientar al gran público hacia debates de buena reputación e incluso prefabricados *ad hoc*. Se desconfía de los «efectos perversos» que a veces suscitan las tendencias aglutinantes que tanto se han alentado entre el público actual, al que se induce en exceso a leer cualquier cosa por el solo hecho de ser un bestseller. Así se salva el honor del gran público, que debe interesarse por los problemas

verdaderamente grandes asistido por máquinas, Umberto Eco por ejemplo.

Al amable empleado mediático le parece muy oportuno que Gallimard publique ahora mi libro, ya que se ha vuelto histórico: «Algunos, a los que no les queda más fuerza que esa, se burlan sarcásticamente. Nosotros, que no le habíamos leído nunca, no. Primero porque no estamos totalmente en contra de la inmoralidad por principio. Y después porque nos habíamos quedado con la impresión, al igual que con *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, de que se nos ocultaba algo [...]. Pensábamos que nos las veíamos con una especie de filósofo y resulta que estamos en compañía de un estratega, de una suerte de Maquiavelo o de Clausewitz moderno, que traza con rigurosa frialdad de geómetra, fragmento a fragmento, calle tras calle, habitación por habitación y sin ventanas, el plano de una ciudadela inexpugnable —la sociedad del espectáculo— y la infinita complejidad de su sistema defensivo en cascada de espejos».

Como ya hemos visto gracias al brillante ejemplo del señor Mouton, estoy lejos de tener por imbéciles a todos los mediáticos, si bien no cabe duda de que este sistema ha contribuido mucho a aumentar la porción de imbecilidad dentro de la sociedad, que nunca fue

pequeña. Por lo demás, no soy de los que exageran la responsabilidad personal directa de los mediáticos: estos no son más que asalariados, y muy pocos de ellos se elevan a la condición de estafadores. Tomarles por una especie de casta dominante sería tan necio como imaginar que como bajo Napoleón III el gusto por los placeres de la mesa era muy notorio, los *maîtres* tenían que gozar de una importancia más majestuosa que los maestros de forja. Disfrutemos de pasada, al menos, del talento con el que este crítico sostiene, incluso mediante la hábil comparación con *Las ciento veinte jornadas de Sodoma*, lo que yo había indicado como el punto principal que debía poner de relieve. Este joven llegará mucho más lejos que *Libération*.

EN *L'ÉVÉNEMENT* du *jeudi* del 29 de octubre de 1991, Régis Debray tiene la mala idea de querer compararse conmigo. Dice que no hacer ciertas concesiones a los *media* sería condenarse a desaparecer (¿Y eso qué tendría de malo?). «Desaparecer para siempre, cuando, como en mi caso, no se dispone ni de cátedra, ni de re-

vista portavoz, ni de plaza en la institución académica, equivale a condenarse a predicar en el desierto. De lo contrario habría que poder esperar treinta años, como Debord, sin dejar de identificarse con una sola idea, con un solo "ismo" toda la vida hasta ver llegar a la playa la botella que uno arrojó al mar. Yo tengo demasiadas botellas en reserva...» Yo no he esperado nada. En todo momento no me he identificado más que conmigo mismo, y desde luego no con ningún «ismo», ideología o proyecto. Mi tiempo ha sido el presente. ¿Qué querella pretende buscarme Debray? Habla de tener demasiadas botellas en reserva. Si no se tratara más que de una disputa de borrachos, cabría felicitarle por su previsión: su vaso no es muy grande pero él bebe en su vaso. Pero no. El ridículo ambicioso corrió hacia todo, se arrojó sobre todo, y fracasó en todo: Castro, Guevara, Allende, el reino de Mitterrand primera variante. Ahora pretende fundar una especie de ciencia de la mediatización, y como es natural, es incapaz. El pobre se lamenta de no tener ni cátedra, ni revista, ni plaza en la institución académica.

EL NÚMERO de noviembre de 1992 de la revista *Trouvailles*, al dar cuenta de la reedición de *La sociedad del espectáculo*, aconseja la lectura de «este texto revolucionario», no sé con qué finalidad, «a los responsables de Comunicación del Consejo General de la Mosela, que acaban de publicar un comunicado dando cuenta de la exposición “Qin Shi Huangdi: los Guerreros de la Eternidad”. Se trata de un texto muy notable en su género, que mide la calidad, el éxito y la pertinencia de una exposición exclusivamente en millones de francos, por el número de entradas (detalla las entradas de pago y las gratuitas), por la tipología de los visitantes, por el “*merchandising*”, por las “listas de éxitos de las ventas” (carteles, tarjetas postales, estatuillas...), por los “gastos de comunicación”, por la economía de comunicación (visto el eco que le han dado los media), por las “repercusiones económicas” y por las “repercusiones de imagen”... Sería demasiado largo citar el conjunto de este comunicado de prensa, del que por lo demás no daré aquí, y de forma voluntaria, ninguna cifra, pero de lo que no nos cabe ninguna duda es de que es realmente un producto típico de la sociedad actual y que se va a desarrollar con creces».

La revista *Trouvailles* está especializada en la historia del arte y el comercio de antigüedades. El comu-

nicado de prensa que cita es, en efecto, muy típico de nuestra época; pero lo que es más típico de esta época todavía es que toda esta élite de entendidos ni siquiera haya sido capaz de percibir que esas estatuas no son otra cosa que groseras falsificaciones, evidentes e indiscutibles. En sí mismas y consideradas solo desde el plano de la historia de las formas son imposibles, ya que el descubrimiento de estas presuntas antigüedades suponía la existencia previa de la estatuaria nazi y estalinista (idénticas) de la Exposición de 1937, la vulgarización extrema de la imagen del personaje asiático aportada por Gauguin, los comics norteamericanos de alrededor de 1930 (Dick Tracy) y, ante todo, de las técnicas de destrucción de la razón inauguradas por los totalitarismos modernos y el grado de estupidez universal que ha permitido obtener la gestión espectacular de todos los conocimientos actuales, sobre todo en su etapa «espectacular-integrada». Los redactores de *Trouvailles* no se han dado cuenta por sí mismos, han considerado que se trataba de un detalle despreciable, o puede que no se hayan atrevido a decirlo para no romper la *omertà* confraternal. Creo, por lo demás, haber sido una de las pocas personas en revelar esta imbécil engañifa, no en *La sociedad del espectáculo*, ya que en 1967 estas estatuas «bimilenarias»

aún no habían sido fabricadas por la industria china, sino en mis *Comentarios* de 1988, reeditados a la vez que esa primera obra más general; pero puede tenerse la certeza de que ningún eco mediático de este detalle trivial ha llegado hasta los ignorantes de *Trouvailles*, que son mucho más audaces para sumarse a los excesos más abiertos de la pasión del «*merchandising*» en materia cultural.

En marzo de 1974, China realizó un primer trabajo tosco que exportó rápidamente al mundo entero. En la actualidad el mismo principio se aplica en Francia siguiendo los criterios que con tan maravillado fanatismo expone el comunicado de prensa del Consejo General de la Mosela, ahora que la Reunión de los Museos nacionales, procediendo con más talento y ligereza, mezcla para la tan concurrida exposición sobre el faraón Amenofis, piezas auténticas y detalles embellecidos, muy bien reunidos en las barracas de feria escenificadas por los expertos y los bufones de la neo-egiptología.

Ya en 1986, unos bromistas pretendieron haber hallado en los archivos de una familia bearnesa la fotografía auténtica, hasta entonces perdida, de Lautréamont. La publicaron como ilustración para los billetes de un sorteo de la lotería nacional, y creyeron que de

ese modo habían autenticado bastante bien la impostura. Tan insólito homenaje al poeta pareció discutible a los ingenuos, que no discutieron la insignificante fotografía, cuya autenticidad, desde luego, no había sido demostrada por nada. Todos estos ejemplos son aplicaciones «culturales» de una teoría de Goebbels según la cual una mentira que a primera vista parece increíble será tanto mejor aceptada cuanto más incompatible resulte su extravagancia con el hecho de estar patrocinada por autoridades oficiales respetables.

EN *L'ÉVÉNEMENT du jeudi* del 5 de noviembre de 1992, Polac tiene que reconocer que le he decepcionado, lo que sin duda era de esperar desde que se supo que iba a editarme Gallimard: «¿Se habrá vuelto Debord “consumible” y hasta anodino por superado? [...] el mensaje me pareció fuerte [...] hasta 1989 y la caída del muro de Berlín; ese día el decorado de la sociedad del espectáculo comenzó a desgarrarse y la sangrienta realidad no tardó en barrer los simulacros». Hace falta la poderosa intuición polaquiiana para presentir, no

solo después de «ese día» de 1989, sino después de todos los que vinieron a continuación y de sus constantes confirmaciones, que el tiempo de la mentira espectacular estaba ya en curso de desaparecer ante la «sangrienta realidad»: crecieron juntas.

Desde entonces, hemos visto a la Democracia juzgar espléndidamente al tirano en Rumanía (el país donde los urbanistas se volvieron locos) y triunfar gracias a las víctimas de Timisoara-ciudad-mártir; a Ubú convertirse de nuevo en rey en Polonia por medio de la dinastía de los Walesa; la coalición mundial contra Irak y su aplastante ausencia de resultados; las repúblicas rusas y el desarrollo de todas sus guerras civiles bajo la democracia de los prevaricadores de Yeltsin; los campos de concentración en Serbia y las negociaciones étnicas de Sarajevo, que continúan durante el exterminio pese a la valiente mediación de Europa; el desembarco mediático-humanitario de Mogadiscio, que tanto arroz traía; la victoria del Estado de Derecho sobre Escobar en Colombia, así como las operaciones de limpieza llevadas a cabo por los «escuadrones de la muerte» en todo el subcontinente; la abolición formal del *apartheid* y las masacres de los negros en Sudáfrica; a Argelia, que pretende hacerse pasar por el único país donde la economía ya no funciona, y puede que

por culpa de los islamistas y a la Italia de Manos Limpias, que ha hallado por fin la prueba de la inocencia de Andreotti. La *especulación* se ha convertido, por último, en el elemento soberano de la propiedad en todas partes, y se autogobierna más o menos, según las preponderancias locales, en torno a las bolsas, los Estados o las mafias, todos ellos federados en una especie de democracia de las élites de la especulación. Lo demás es miseria. En todas partes, el exceso de Simulacro ha explotado del mismo modo que Chernobil, sembrando la muerte de forma tan veloz y masiva como el desorden. Ya nada funciona, y no se cree ya nada.

Solo Polac dedujo sin más dilaciones que tenía que sacar conclusiones: «Del *show* no quedará más que la dura realidad, y Debord ya no será más que el profeta de una época pasada». (No cabe duda de que la reciente cantilena: *Et qui c'est qui l'a dans le lac? C'est Poluc!*,¹⁸ se ha popularizado desde la aparición de esta hermosa pifia.)

¹⁸ Se trata de una combinación de *contrepétrie*, o juego de palabras consistente en intercambiar o permutar dos letras o dos sílabas para obtener un efecto cómico o picante (*Et qui c'est qui l'a dans le lac ? C'est Polac !*) y de *verlan*, forma de argot que consiste en la inversión de las sílabas de una palabra. (*Et qui c'est qui l'a dans le cul ? C'est Polac !*). La expresión *l'avoir dans le cul* significa ser engañado o engañarse uno mismo. (N. del T.)

El 5 de noviembre de 1992, *L'Humanité*, repugnante periódico tan lleno de sangre y de mentiras como las cuentas del doctor Garetta,¹⁹ hasta me dedica algunos elogios. Pero son insignificantes, porque los firma Philippe Sollers.

No creo que el doctor Garetta sea mucho más que una especie de chivo expiatorio para una época monstruosa de la medicina. «La burguesía ha despojado de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso respeto [...]. Ha convertido en sus servidores asalariados al médico, al jurista, [...] al hombre de ciencia.» Puesto que la sangre es una mercancía, tiene que someterse fatalmente a las leyes de la mercancía. La sangre fue reconocida finalmente como una mercancía cuando un tribunal calificó de mera «engañifa sobre la mercancía» lo que indiscutiblemente fue una decisión de condenar a

19 Michel Garetta fue acusado y condenado por autorizar la distribución de sangre contaminada con el virus VIH a hemofílicos franceses en 1992. (N. del T.)

muerte, por motivos de rentabilidad, a toda la colectividad de hemofílicos franceses. ¿Qué recuerdo quedará de estos «hemofílicos contaminados», después de tantos procesos indulgentes, reemprendidos y saldados con amnistías? Ninguno, sin duda, salvo el eco de una cancioncilla infantil que cantaron después unos niños analfabetos en los locales inflamables de sus neoesuelas: «*Il était un' fois — Pas très loin de Foix —, Et de très bonn' foi — Georgina Dufoix —, Qui vendait du sang*». ²⁰

(He de hacer una digresión. He leído tal cantidad de extraordinarias imputaciones, libradas aquí a la publicidad, sobre un número tan enorme de formas hábiles y sin escrúpulos en las que supuestamente habría empleado mis talentos para procurarme recursos ocultos, y se me reprocha tan a la ligera haber escrito como La Rochefoucauld, Retz, o a veces también como Swift, que quizá era de temer que llegara el día en que me reprocharan, además, haberme dejado sobornar por la señora Georgina Dufoix ²¹

20 «Érase una vez —no muy lejos de Foix—, y de muy buena fe —Georgina Dufoix—, que vendía sangre.» (N. del T.)

21 Ministra de Asuntos Familiares entre 1981 y 1986. Fue acusada de los mismos cargos que Garetta, pero el tribunal la declaró inocente. (N. del T.)

por el solo hecho de no haber dicho una sola palabra sobre la notoria vileza del personaje. Admito que es extraño tener la previsión de pensar por adelantado en la variedad casi infinita de lo que al parecer puede recriminársele a alguien como yo. Pero a fin de cuentas, hay que decir que si se hace con suficiente atención, gracias a semejantes cortafuegos, no es difícil suprimir de forma radical y por adelantado muchas de las peores posibilidades, que de otro modo habrían podido quedar abandonadas a la calumnia.)

EN *Le Point* del 28 de noviembre de 1992, los entusiasmos de Jean-François Revel no varían: «¡Qué lamentable sensación de contraste produce releer hoy *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord, publicada en 1967 y reeditada, como insiste en precisar el autor, sin ningún cambio! La idea de describir la metamorfosis de la realidad en espectáculo planetario uniformizado por los *media* es nueva, pero el estilo, el pensamiento, el marco teórico y el terminológico están desfasados, ya que siguen encerrados en ese *volapük* hegeliano-

marxo-marcusiano que en nuestros días parece tan pasado de moda como la jerga escolástica medieval. Es cierto que el autor recusa a Stalin y a Mao, e incluso a Trotsky, pero es más bien porque sus proyectos no le parecen lo bastante revolucionarios. El único adversario, bajo el nombre de "sociedad del espectáculo", sigue siendo para él el capitalismo [...]. Lo que debilita muchos análisis sobre la comunicación mediática es que lo que en realidad suelen atacar sus autores a través del espectáculo es al liberalismo democrático. Las críticas clásicas, directamente inspiradas en el marxismo, están desacreditadas en el terreno económico y político. En lo sucesivo, es el espectáculo el que sirve de noción de relevo para los ataques contra la civilización liberal [...]. Es su teoría de conjunto la que cojea. Sí, el espectáculo simplifica, unifica, suprime y disfraza muchas veces la realidad, pero pretender que la reemplaza totalmente en el espíritu de los seres humanos es una fantasmagoría. Un ejemplo: rara vez una campaña electoral se ha alejado tanto de la realidad, para jugar al espectáculo puro y duro, como la última campaña presidencial norteamericana. Y sin embargo, tanto antes como después de las elecciones, los sondeos, igual que los comentaristas, pusieron claramente de manifiesto los motivos del auge y la vic-

toria de Bill Clinton: el deseo de llevar al poder a una nueva generación...».

¡Pues hala, ya tenemos a la nueva generación en el poder! Clinton parecía el hombre ideal para una campaña electoral perpetua. Pero tenía prisa por actuar. Ahora decide. Y los resultados son tan maravillosos que uno se pregunta si algún otro se atreverá todavía a gobernar después del virtuoso saxofonista.

EN *L'IDIOT international* de diciembre de 1992, le toca hacerse notar hablando de mí a un tal Charles Dantzig. Empieza así: «A Guy Debord siempre se le mira de frente. ¡Qué bella frente de toro! ¡Qué bien debe de tirar del arado, por lo que nos cuenta! Pero cuando nos alejamos y echamos una mirada de soslayo, vemos que no hay arado». ¿Acaso he pretendido yo alguna vez servir para algo? ¿Para qué me haría falta trazar un surco? «Me horrorizan todos los oficios... La mano en la pluma equivale a la mano en el arado.»²² Me jacto

22 Rimbaud, *Una temporada en el infierno*. (N. del T.)

incluso, si se tiene en cuenta todo lo que siempre he querido hacer en las artes y en la crítica social, de no haber desempeñado nunca ninguna actividad que pudiera pasar por socialmente honrada, con la excepción de un período muy breve de mi juventud en el que viví muy bien exclusivamente de jugar al póquer, pero sin hacer trampas: por puro talento para la estrategia.

Dantzig continúa, y como veremos, «tiene la prueba». Veremos también que ha recibido la misma *velina* que Bizot, por evocar el término empleado en la prensa italiana bajo el fascismo:²³ «La prueba es que el libro que le consagró, *La sociedad del espectáculo*, no quiere decir nada. Si la gente leyera a Debord en lugar de admirar lo que ellos mismos proyectan en él, se darían cuenta de que está escrito en un remedo de marxismo nada claro». En suma, lo único que tiene de bueno este libro es lo que proyectan en él mis generosos pero ingenuos lectores, que creían que sabían leer cuando salieron de la escuela pero cuyos indignos docentes les habían entregado en realidad, desarmados, a un hábil plagiarlo, el cual, peor que Attali, despoja de sus ideas a sus lectores. Jamás se

23 Las *veline* eran notas de prensa destinadas a los periodistas y producidas en serie bajo el régimen de Mussolini. (N. del T.)

había visto expolio tan vil. Un vampiro se habría conformado con chuparles la sangre.

«Nunca da una definición de ese famoso espectáculo: da cincuenta. Una vez es la pesadilla de la sociedad moderna desencadenada, otra el discurso ininterrumpido que el orden actual mantiene sobre sí mismo, y en otra ocasión es la otra cara del dinero. Nunca nos enteramos de qué se trata.» Puede que este argumento haga época en la historia de la inteligencia artificial. No cabe duda de que procede de la era del pensamiento científico de los ordenadores. Una definición es segura porque es la única. ¿Cómo podría uno fiarse de tres argumentos? ¿Qué lectura asistida podría asegurarle a uno de que los tres vayan a ser complementarios? «¡Nunca nos enteramos de qué se trata!» Y lo cierto es que de las tres citas que resumen cincuenta, una está falsificada, como para demostrar todas las contradicciones disimuladas entre las otras «cincuenta». La que Dantzig ha falsificado es esta: «la pesadilla de la sociedad moderna *encadenada*». Simplemente ha reemplazado el epíteto por su contrario, «desencadenada», que sin duda sería muy poco serio para describir nuestra sociedad, sobre todo en 1967. En la actualidad podría creerse en un honrado error de lectura si hubiera pretendido que había leído, por

ejemplo, «desplazada», pues eso es precisamente lo que les ha sucedido a las mercancías modernas, cuya carga total ya no se puede dominar y que ya ni siquiera han de consumirse.

Dice Dantzig: «Ejemplo de farol: “allí donde el mundo real se transforma en simples imágenes, las simples imágenes se convierten en seres reales y en motivaciones eficientes de un comportamiento hipnótico”. ¿Adónde ha ido a parar el francés? [...] “El espectáculo es la pesadilla de la sociedad moderna encadenada, que no expresa finalmente más que su deseo de dormir. El espectáculo es el guardián de este sueño.” El espectáculo es un sueño y el guardián del sueño. ¿Adónde ha ido a parar la lógica?». Dantzig no se ha dado cuenta de que la primera frase que pone en entredicho es un *détournement* de un célebre argumento del joven Marx, y que todo lo que sigue, sobre el sueño, son citas exactas de Freud. ¿Adónde ha ido a parar la cultura? ¿Acaso la exigencia de integración inmediata y total de este tipojo es tan imperiosa que considera censurable la traducción al francés de pensadores alemanes, sean quienes sean? ¿O solo la de estos dos, a los que no obstante se ha abstenido de leer? Vemos que no dice lo que piensa de Marx, y quizá sea por motivos de fuerza mayor. Nótese que tampoco quiere

saber nada del psicoanálisis. Ese gusto, verdaderamente abusivo, por el transparente ingenio francés, y en una tribuna en la que se conchaban de forma notoria sospechosos de las más diversas procedencias, ¿habrá llevado a Dantzig a un remedo de racismo poco transparente? «No da precisiones. Crea suspense. Esperamos. Debord es la Agatha Christie de los moralistas, solo que menos honrado, porque nunca da la solución. Jamás sabremos quiénes fueron los diez negritos de la estación de Bolonia.» Eso se debe a la sencilla razón de que no escribo novelas policíacas. Tampoco soy un periodista de izquierdas: jamás denuncio a nadie.

«“El plan no debe quedar demasiado claro”, dice. Dejando a un lado que eso lo ha conseguido de sobra, eso da a entender que corre peligro. Nadie se percató de que los sobreentendidos son mucho más arriesgados, y que Debord no ha sido asesinado por ningún servicio secreto.» Es obvio que el mayor peligro en el que me he encontrado es el de haber persuadido demasiado bien al adversario de la veracidad de mis conclusiones, y lo tengo muy en cuenta. En los documentos aquí reunidos podrá comprobarse que se me ha reprochado muy a menudo haber influido mucho sobre tal o cual clase de gente. Ya en 1979 tuve que escribir en el «Prólogo a la cuarta edición italiana de

La sociedad del espectáculo»: «Uno había visto que el libro no abordaba el problema del Estado; otro había visto que el libro no tenía en cuenta la existencia de la historia; otro lo rechazó como un elogio irracional e incommunicable de la pura destrucción; otro lo condenó por ser *la guía secreta de la conducta de todos los gobiernos que se habían constituido desde su aparición*». (Subrayo aquí la extravagancia.) Siempre he tenido críticos que eran unos bufones pasmosos. A pesar de tantas exageraciones, sé que también había en todo ello una parte de verdad: hay demasiada gente que se inclina a creer lo que digo. Todo se descifra, pero no fácilmente mediante ordenadores, que no entienden la dialéctica. Hay momentos del proceso —y 1988 fue precisamente uno de ellos— en los que conviene retrasar en un año o dos ciertas conclusiones.

Yo nunca he sobreentendido nada. Hasta dije en 1988: «No me propongo entrar en polémicas, demasiado fáciles ya a estas alturas y demasiado inútiles, sobre ningún aspecto de la cuestión; ni tampoco me propongo convencer a nadie. Los presentes comentarios no tienen afán alguno de moralizar». Los servicios más secretos nunca asesinan a nadie sin haber evaluado con precisión la totalidad de las ventajas y los inconvenientes, así como la urgencia.

Sigamos pues con Dantzig. El tarugo este quiere dárse las de experto en literatura y edición, así que zanja haciéndose el entendido: «Después del remedo de marxismo de *La sociedad del espectáculo*, dice en los *Comentarios* (fíjense si será importante que se comenta a sí mismo): “La desdicha de los tiempos me obligará a escribir de forma novedosa”. No se trata de una frase de escritor». Yo no me comento a mí mismo. Los *Comentarios* no tratan sobre mi libro de 1967. Quien sepa leer se dará cuenta enseguida de que tratan sobre la evolución de la propia sociedad del espectáculo en 1988. No soy «un escritor», pues no he respetado ninguno de los valores de ese arte. Esas ambiciones se las he dejado a los Dantzig. Y el propio Dantzig no deja de masperizar de nuevo. Yo dije: «La desdicha de los tiempos me obligará a escribir de manera novedosa *una vez más*», ya que, en efecto, yo ya lo había hecho varias veces.

El especialista pretende concluir: «Hay otros mejores. Roban sus ideas a Debord, y hacen bien. Como dijo Karl Kraus, una idea no pertenece a quien la descubre, sino a quien la enuncia de la forma más brillante». Esa idea ya fue enunciada de manera mucho más brillante antes de Karl Kraus. El espectáculo y lo que produce no son en absoluto «mis ideas». En cuanto a

la crítica del espectáculo, dígame lo que se diga, no creo en absoluto que la sociedad actual desee verla bajo una forma más brillante aún. La dosis ha bastado.

CARECE DE INTERÉS PROLONGAR hasta el año 1993 la profusión de repeticiones obstinadas o variaciones infieles sobre la misma multitud de ineptias. Sería poner demasiado de manifiesto su caduco procedimiento de fabricación. Me ceñiré, pues, a la técnica que ya he dado suficientemente a conocer a mis lectores. Creo, en cambio, que son dignas de mención las reflexiones que dan testimonio de una gran renovación de una crítica cuya condición durante los últimos cinco años acabo de mostrar. Recordaré que lo que más se me suele reprochar es ser un paranoico, y que se ofrecía como prueba el hecho de haber estado prácticamente solo en el mundo a la hora de percibir por casi todas partes agentes secretos, complots y multitud de informaciones disimuladas. A juzgar por lo que publicó en el *Globe* del 5 de mayo de 1993 el ponderado señor Yves Baumgarten, que sobre este particular parece debordista hasta el exceso, la moda podría evolucionar con rapidez. Este crítico escribió:

«Guy Debord ocupa actualmente una posición singular en el seno de la sociedad espectacular-mercantil: la de crítico revolucionario designado por ella. Por una inversión que solo parecerá curiosa, paradójica incluso, a quienes carecen de todo sentido de la estrategia y de la historia, el teórico radical de la espectacularización (el neologismo es feo pero necesario), de la dominación de los hombres por la lógica de la mercancía, se encuentra en adelante en la situación de un agente de los servicios secretos de tal o cual país, empleado y remunerado por los servicios de un Estado enemigo. La analogía es sin duda engañosa, y hasta injuriosa, en la medida en que podría hacer creer que, a semejanza del agente “captado” por un servicio enemigo, Debord se ha pasado con armas y bagajes al bando del adversario [...]. La primera y la menos importante de esas razones es puramente financiera. Debord ha pasado toda su existencia de hombre y de pensador preconizando la abolición del orden existente y de una de sus condiciones, el trabajo asalariado. En lo que a él mismo se refiere, ha puesto esa exigencia en práctica con virtuosismo, y la firma del contrato con Gallimard participa sin duda de ese virtuosismo.»

Obsérvese ante todo hasta qué punto forma parte de la esencia de nuestra época interpretarlo todo en

términos de agentes secretos que hasta mi propia singularidad histórica, a despecho de impresionantes diferencias y contradicciones, parece aprehenderse mejor bajo la figura del agente secreto. El señor Baumgarten admite que, por fidelidad a una opinión histórica universal pero sin duda peligrosa, he sido continuamente hostil al trabajo asalariado, y ante todo que he tenido la sinceridad de ponerla en práctica en lo tocante a mis propias preferencias y experiencias vitales. Está más que dispuesto a reconocermé, en ese terreno, lo que él denomina «virtuosismo». Tengo que precisar que no considero esa independencia en materia de dinero, conservada siempre en condiciones que en algunos momentos fueron difíciles, como la «menos importante de esas razones», como este observador tiene la cortesía de declarar. Reconozco sin ningún reparo que, por encima de todo, no quise trabajar de ningún modo. Pienso, como el señor Baumgarten, que decir sentido de la estrategia o de la historia viene a ser lo mismo, pero me propongo aclarar todo lo que pueda tener de oscura o de vaga esa metáfora del agente secreto. ¿Acaso cree el señor Baumgarten que por el solo hecho de que me haya editado Gallimard «la sociedad espectacular-mercantil» me ha «designado»? ¿Considera que la fusión ha llegado a un grado tan avanzado?

No he sido «designado» siquiera por Gallimard. No tengo más vínculo con esta editorial que un contrato, perfectamente liberal, para la edición o la reedición de cierto número de mis libros. ¿Será que el señor Baumgarten opina más bien que Gallimard tenía otros designios o que aún quedaría algo por negociar? ¿Se trata solo de estar «empleado y remunerado» a título ficticio, como otros, o de forma real, desempeñando tareas más ocultas? ¿O acaso supone que querría plantear otras condiciones, políticas, por ejemplo? ¿Adónde podría conducir en este caso la noción de virtuosismo?

El propio señor Baumgarten reconoce que su analogía del agente del servicio secreto de «tal o cual país» al que otro servicio «capta» es «engañosa». Si, pese a ello, la ha utilizado, supongo que es porque cree que contiene una parte de verdad cuyos evidentes límites no ha sabido precisar. Todos esos «servicios» están vinculados a Estados parcialmente rivales, pero evidentemente ninguno de ellos se ha opuesto jamás a los intereses mundiales de la gobernación del espectáculo. No he estado implicado en modo alguno en esos enfrentamientos subalternos. No he estado al servicio de nadie. No he podido, por tanto, traicionar a ninguno de esos servicios, ya que no he querido saber nada de ninguno de ellos. Está fuera de lugar que

ahora deje mis armas y bagajes para consolar al Espectáculo. Mis únicas armas y mis escasas posesiones consisten en mi capacidad para el análisis estratégico y mis grandes conocimientos históricos, y sin ellos no interesaría a nadie. Jenofonte formuló al comienzo de la *Anábasis* un razonamiento muy certero al respecto, cuando uno se encuentra en un paso peligroso.

Pero el centro de la cuestión, ¿acaso no es que nadie pueda seguir dudando de cómo podría «darse la vuelta» a la relación entre mi persona y la marcha del mundo, si aún quedara tiempo para ello? ¿O quizá son solo los responsables de la marcha del mundo los que querrían hacer creer que todavía están a tiempo?

En el grado de catástrofe al que nos ha arrojado la democracia espectacular, no cabe duda de que nada sigue siendo tan valioso como los estrategas.

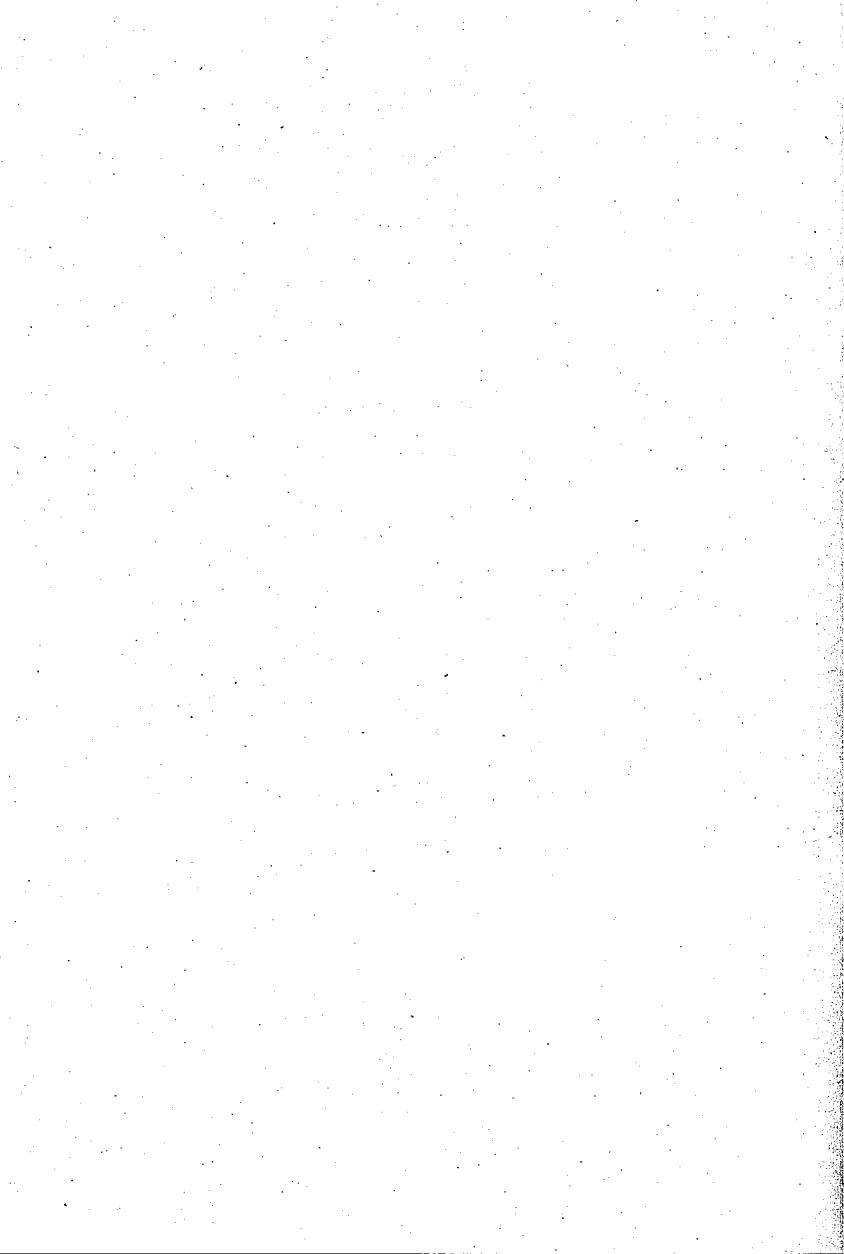
También debo señalar que ser «el teórico radical... de la dominación de los hombres por la lógica de la mercancía» es un mérito que jamás le he disputado a Karl Marx.

También expliqué, en 1979, en el «Prólogo a la cuarta edición italiana de *La sociedad del espectáculo*», lo que me propuse lograr en 1967: «para quien examine fríamente la cuestión no puede haber ninguna

duda de que quienes quieran realmente hacer tambalearse una sociedad establecida deben formular una teoría que explique fundamentalmente esa sociedad, o que por lo menos tenga visos claros de darle una explicación satisfactoria. [...] Una teoría general calculada con este fin sin duda debe evitar, ante todo, parecer una teoría visiblemente falsa; no debe exponerse, por tanto, al riesgo de quedar refutada por los hechos. Pero también es preciso que sea una teoría completamente inaceptable. Es preciso que pueda declarar malo el centro mismo del mundo existente, ante la estupefacción indignada de cuantos lo consideran bueno; debe haber descubierto su naturaleza exacta. La teoría del espectáculo satisface esos dos requisitos».

A lo largo de estas líneas me he complacido en citarme varias veces a mí mismo. Sé que a mucha gente le resultará chocante. A nadie le chocaría —y ni siquiera habría parecido útil labrarme esa mala fama— que me hubiese resultado, como a otros, imposible seguir citando en la actualidad lo que había pensado anteriormente. Para reavivar los remordimientos de quienes no comprendieron en el momento preciso, añadiré que lo más admirable de la cita que acabo de evocar reside en la terrible verdad de esta frase: «el centro mismo del mundo existente».

Este éxito es lo que explica la emoción, a veces excesiva; que durante tanto tiempo ha acompañado a *La sociedad del espectáculo*. Un libro capaz de responder simultáneamente «esos dos requisitos» me parece, en lo esencial, desprovisto de defectos. Quienes hayan encontrado inaceptable este libro se habrán equivocado. Y siendo yo como era, no veo de qué otro modo podría haber dado prueba de mejores habilidades.





Una editorial con menos proyección que un cinexín
[pepitas de calabaza ed.]

«Especialistas homologados por autoridades desconocidas o meros auxiliares, los expertos revelan o comentan desde muy por encima todos mis necios errores, detestables talentos, grandes infamias y malas intenciones.»

ISBN: 978-84-937671-9-8

